

S. AURELIO AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA, CONTRA LA CARTA DE MANIQUEO Que llaman del Fundamento LIBRO ÚNICO.

Refuta las primeras partes de la Carta de Maniqueo, mostrando que él, en lugar de la claridad que prometía, y en lugar del conocimiento cierto, no propone a sus seguidores más que delirios inciertos y absurdos.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Herejes que deben ser sanados más que destruidos. Un único Dios verdadero omnipotente, de quien son todas las cosas, por quien son todas las cosas, en quien son todas las cosas, y he rogado y ruego, para que al refutar y vencer vuestra herejía, maniqueos, a la cual tal vez os habéis adherido más por imprudencia que por malicia, me conceda una mente pacífica y tranquila, pensando más en vuestra corrección que en vuestra subversión. Pues aunque el Señor a través de sus siervos subvierta los reinos del error, ordena que los mismos hombres, en cuanto son hombres, deben ser corregidos más que destruidos. Y se debe creer que todo lo que se vindica divinamente antes de aquel último juicio, ya sea por los impíos o por los justos, ya sea por los ignorantes o por los sabios, ya sea en secreto o abiertamente, no vale para la destrucción de los hombres, sino para su medicina: quienes la rechacen, se preparan para el suplicio extremo. Por lo tanto, en esta universalidad de las cosas, hay algunas que valen para la venganza corporal, como el fuego, el veneno, la enfermedad, y otras cosas de este tipo; otras por las cuales el alma se castiga a sí misma no con molestias de su cuerpo, sino con los lazos de sus deseos, como la pérdida, el exilio, la orfandad, la injuria, y cosas similares; y algunas no son tormentos, sino como fomentos y alivios para los enfermos, como son las consolaciones, exhortaciones, disputaciones; y cualesquiera que sean tales: de todas estas cosas, algunas las opera incluso a través de los malos ignorantes la suma justicia de Dios, y otras a través de los buenos sabios. Por lo tanto, fue nuestro deber elegir y desear lo mejor, para tener acceso a vuestra corrección, no en contienda y emulación y persecuciones; sino consolando mansamente, exhortando benevolentemente, disputando suavemente: como está escrito, "El siervo del Señor no debe ser contencioso; sino amable para con todos, apto para enseñar, paciente, corrigiendo con mansedumbre a los que se oponen" (II Tim. II, 24, 25). Por lo tanto, fue nuestro deseo buscar estas partes: es de Dios dar a los que desean y piden lo que es bueno.

CAPÍTULO II.

2. Razones para tratar con más suavidad a los maniqueos. Que sean severos con vosotros aquellos que no saben con qué esfuerzo se encuentra la verdad, y cuán difícil es evitar los errores. Que sean severos con vosotros aquellos que no saben cuán raro y arduo es superar las fantasías carnales con la serenidad de una mente piadosa. Que sean severos con vosotros aquellos que no saben con cuánta dificultad se sana el ojo del hombre interior, para que pueda contemplar su sol: no este que vosotros adoráis, resplandeciente y radiante con cuerpo celestial, a los ojos carnales de hombres y bestias, sino aquel del que está escrito por el profeta, "Ha nacido para mí el sol de justicia" (Malach. IV, 2); y del que se dice en el Evangelio, "Era la luz verdadera, que alumbraba a todo hombre que viene a este mundo" (Juan I, 9). Que sean severos con vosotros aquellos que no saben con qué suspiros y gemidos se logra, para que de alguna manera se pueda entender a Dios. Finalmente, que sean severos con vosotros aquellos que nunca han sido engañados por un error tal como ven que vosotros habéis sido engañados.

CAPÍTULO III.

3. Agustín, antiguo maniqueo. Pero yo, que durante mucho tiempo y de muchas maneras fui sacudido, finalmente pude mirar qué es esa sinceridad, que se percibe sin la narración de una fábula vana; que apenas merecí, con la ayuda del Señor, convencer las vanas imaginaciones de mi mente recogidas por varias opiniones y errores; que me sometí tan tarde al médico clementísimo que me llamaba y persuadía para limpiar la oscuridad de mi mente; que lloré mucho tiempo para que la sustancia inmutable e inmaculada se dignara persuadirme interiormente con los Libros divinos que concuerdan; que finalmente busqué con curiosidad, escuché atentamente, creí temerariamente, persuadí insistentemente a quienes pude, y defendí con pertinacia y ánimo contra otros todos esos inventos que os tienen atrapados y atados por la costumbre prolongada; no puedo en absoluto ser severo con vosotros, a quienes debo soportar ahora como a mí mismo en aquel tiempo, y tratar con tanta paciencia como mis prójimos trataron conmigo, cuando erraba rabioso y ciego en vuestro dogma.

4. Para que os suavicéis más fácilmente, y no os opongáis a mí con ánimo enemigo y pernicioso para vosotros, debo obtener de vosotros, con cualquier juez, que de ambas partes se deposite toda arrogancia. Que ninguno de nosotros diga que ya ha encontrado la verdad: busquémosla como si ninguno de los dos la conociera. Así se podrá buscar diligente y concordemente, si no se cree temerariamente que ha sido encontrada y conocida. O si no puedo obtener esto de vosotros, al menos concededme que os escuche ahora por primera vez como desconocidos, que ahora por primera vez os examine. Creo que es justo lo que pido: guardando esta ley, que no ore con vosotros, no celebre reuniones, no acepte el nombre de Maniqueo, si no me dais una razón clara de todas las cosas que pertenecen a la salvación del alma sin ninguna oscuridad.

CAPÍTULO IV.

5. Argumentos de la fe católica. En la Iglesia católica, para omitir la sabiduría más pura, a cuyo conocimiento pocos espirituales llegan en esta vida, para conocerla al menos en parte, porque son hombres, pero sin duda: pues la multitud restante no la hace segura la vivacidad de la comprensión, sino la simplicidad de la fe: para omitir, pues, esa sabiduría, que no creéis que esté en la Iglesia católica; hay muchas otras cosas que justamente me mantienen en su seno. Me mantiene el consenso de pueblos y naciones: me mantiene la autoridad comenzada con milagros, nutrida con esperanza, aumentada con caridad, fortalecida con antigüedad: me mantiene desde la misma sede del apóstol Pedro, a quien el Señor encomendó apacentar sus ovejas después de la resurrección, hasta el presente episcopado la sucesión de sacerdotes: me mantiene finalmente el mismo nombre de Católica, que no sin causa entre tantas herejías esta Iglesia sola ha obtenido, de modo que aunque todos los herejes quieran ser llamados católicos, sin embargo, al preguntar un extranjero dónde se reúne la Iglesia católica, ninguno de los herejes se atreve a mostrar su basílica o casa. Por tanto, estos tantos y tan queridos vínculos del nombre cristiano mantienen rectamente a un hombre creyente en la Iglesia católica, aunque debido a la lentitud de nuestra inteligencia o al mérito de la vida la verdad aún no se muestre abiertamente. Pero entre vosotros, donde no hay nada de esto que me invite y me mantenga, solo resuena la promesa de la verdad: que si se muestra tan manifiesta que no puede ponerse en duda, debe preferirse a todas aquellas cosas que me mantienen en la Iglesia católica; pero si solo se promete y no se exhibe, nadie me moverá de esa fe que ata mi alma a la religión cristiana con tantos y tan grandes lazos.

CAPÍTULO V.

6. Contra el título de la Carta de Maniqueo. Veamos, pues, qué me enseña Maniqueo, y consideremos principalmente ese libro que llamáis Carta del Fundamento, donde casi todo lo que creéis está contenido. Pues cuando se nos leyó en aquel tiempo, decíais que éramos iluminados por vosotros. Ciertamente comienza así: "Maniqueo, apóstol de Jesucristo por la providencia de Dios Padre. Estas son las palabras saludables, del manantial perenne y vivo." Ahora, con buena paciencia, si os place, prestad atención a lo que pregunto. No creo que este sea apóstol de Cristo. Os ruego que no os enojéis, ni comencéis a maldecir. Sabéis que he decidido no creer temerariamente nada de lo que me presentéis. Pregunto, pues, ¿quién es este Maniqueo? Responderéis: Apóstol de Cristo. No lo creo: ¿qué dirás o harás ahora? No tendrás nada; pues prometías el conocimiento de la verdad, y ahora me obligas a creer lo que no sé. Tal vez me leerás el Evangelio, e intentarás afirmar la persona de Maniqueo desde allí. Si, pues, encontraras a alguien que aún no cree en el Evangelio, ¿qué harías si te dijera, No creo? Yo, en verdad, no creería en el Evangelio, si no me moviera la autoridad de la Iglesia católica. A quienes obedecí cuando me decían, Cree en el Evangelio; ¿por qué no he de obedecerles cuando me dicen, No creas en los maniqueos? Elige lo que quieras. Si dices, Cree a los católicos; ellos me advierten que no te dé ninguna fe: por lo tanto, no puedo creerles a ellos, sino no creerte a ti. Si dices, No creas a los católicos; no harás bien en obligarme a la fe de Maniqueo por el Evangelio, porque creí en él por la predicación de los católicos. Si dices, Bien creíste a los católicos alabando el Evangelio; pero no bien les creíste vituperando a Maniqueo: ¿me consideras tan necio que, sin darme razón, crea lo que quieres, y no crea lo que no quieres? Pues mucho más justamente y cautelosamente hago, si ya que creí a los católicos, no paso a ti, a menos que me ordenes no creer, sino que manifiestamente y abiertamente me hagas saber algo. Por lo tanto, si me vas a dar razón, deja el Evangelio. Si te aferras al Evangelio, yo me aferraré a aquellos a quienes obedeciendo creí en el Evangelio; y obedeciéndoles a ellos, no te creeré en absoluto. Pero si acaso pudieras encontrar algo muy claro en el Evangelio sobre el apostolado de Maniqueo, debilitarás para mí la autoridad de los católicos, que me ordenan no creerte: debilitada esta, ya no podré creer en el Evangelio, porque por ellos creí en él; así que nada valdrá para mí lo que de allí saques. Por lo tanto, si no se encuentra nada manifiesto sobre el apostolado de Maniqueo en el Evangelio, creeré más bien a los católicos que a ti. Pero si leyeras algo de allí manifiesto a favor de Maniqueo, ni a ellos, ni a ti: a ellos, porque me mintieron sobre ti; a ti, porque me presentas esa escritura, a la que creí por ellos, que me mintieron. Pero lejos de mí no creer en el Evangelio. Pues creyendo en él, no encuentro cómo pueda también creerte a ti. Pues los nombres de los apóstoles que allí se leen, no contienen entre ellos el nombre de Maniqueo. Pero leemos en los Hechos de los Apóstoles quién sucedió en lugar del traidor de Cristo: libro al que es necesario que crea, si creo en el Evangelio, ya que la misma autoridad católica me recomienda ambas Escrituras. En el mismo libro también tenemos la historia muy divulgada de la vocación y apostolado de Pablo. Léeme ya, si puedes, en el Evangelio, donde se dice que Maniqueo es apóstol; o en algún otro libro, al que ya confieso haber creído. ¿O vas a leer aquello donde el Señor prometió a los Apóstoles el Espíritu Santo Paráclito? De ese lugar, mira cuántas y cuán grandes son las cosas que me retraen y disuaden de creer en Maniqueo.

CAPÍTULO VI.

7. Por qué se escribió apóstol de Cristo. Pregunto, pues, por qué el principio de esta carta es, "Maniqueo apóstol de Jesucristo"; y no es, "Paráclito apóstol de Jesucristo". Pero si el Paráclito enviado por Cristo envió a Maniqueo, ¿por qué leo, "Maniqueo apóstol de Jesucristo"; y no más bien, "Maniqueo apóstol del Paráclito"? Si dices que él mismo es Cristo, que es también el Espíritu Santo, contradices a la misma Escritura, donde el Señor dice, "Y os enviaré otro Paráclito" (Juan XIV, 16). Pero si crees que el nombre de Cristo está

correctamente puesto, no porque él mismo sea Cristo, que es también el Paráclito, sino porque ambos son de la misma sustancia; es decir, no porque sean uno, sino porque son uno: Pablo también podría decir, "Pablo apóstol de Dios Padre"; porque el Señor dijo, "Yo y el Padre somos uno" (Juan X, 30). En ninguna parte dice esto: pero tampoco ninguno de los Apóstoles se llama a sí mismo apóstol del Padre. ¿Qué significa, pues, esta novedad? ¿No os parece que huele a alguna clase de engaño? Ciertamente, si pensó que no había diferencia, ¿por qué no se llama a sí mismo apóstol de Cristo en unas cartas; en otras, del Paráclito? Pero siempre he oído de Cristo, siempre que he oído: del Paráclito, sin embargo, ni una sola vez. ¿Qué causa creemos que es esta, sino que ese orgullo, madre de todos los herejes, impulsó al hombre, para que no quisiera parecer enviado por el Paráclito, sino así asumido, que él mismo fuera llamado Paráclito? Así como Jesucristo hombre, no fue enviado por el Hijo de Dios, es decir, la Virtud y Sabiduría de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, sino así asumido según la fe católica, que él mismo fuera el Hijo de Dios, es decir, en él mismo la Sabiduría de Dios apareciera para sanar a los pecadores: así quiso él ser visto como asumido por el Espíritu Santo, que Cristo prometió, para que ya cuando oigamos Maniqueo Espíritu Santo, entendamos apóstol de Jesucristo, es decir, enviado por Jesucristo, quien prometió enviarlo. ¡Singular audacia esta, e inefable sacrilegio!

CAPÍTULO VII.

8. Cómo se creyó que Maniqueo era el Espíritu Santo por sus seguidores. Pero pregunto, ya que confesáis que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo están unidos en una naturaleza no dispar, ¿por qué no consideráis vergonzoso predicar a un hombre asumido por el Espíritu Santo, Maniqueo, nacido de ambos sexos; pero teméis creer que un hombre asumido por la Sabiduría unigénita de Dios, nacido de una virgen? Si la carne humana, si el concúbito del hombre, si el útero de la mujer no pudo contaminar al Espíritu Santo; ¿cómo pudo contaminar el útero de la virgen a la Sabiduría de Dios? Por lo tanto, este Maniqueo que se gloria en el Espíritu Santo y la lectura evangélica, es necesario que conceda, o que fue enviado por el Espíritu Santo, o que fue asumido. Si fue enviado, que se diga apóstol del Paráclito; si fue asumido, que conceda al hombre la madre que asumió el Hijo unigénito, si concede al hombre el padre que asumió el Espíritu Santo. Que crea que la virginidad de María no contaminó al Verbo de Dios, si cree que el concúbito de sus padres no pudo contaminar al Espíritu Santo. Por lo tanto, ya que Maniqueo afirma ser enviado o asumido por el Paráclito, no podrá obtener nada de esto: yo ya más cauteloso, no creo que haya sido enviado, ni asumido.

CAPÍTULO VIII.

9. Fiesta del nacimiento de Maniqueo. Pues lo que añadió diciendo, "por la providencia de Dios Padre"; ¿qué otra cosa buscó al nombrar a Jesucristo, de quien dice ser apóstol, y a Dios Padre, por cuya providencia dice ser enviado por el Hijo, sino que creamos que él mismo es el Espíritu Santo? Pues así escribe: "Maniqueo apóstol de Jesucristo por la providencia de Dios Padre." No se nombra al Espíritu Santo, quien debió ser nombrado principalmente por él, que nos recomienda su apostolado con la promesa del Paráclito, para presionar a los ignorantes con la autoridad evangélica. Cuando se os pregunta sobre esto, respondéis que al nombrar al apóstol Maniqueo, se nombra al Espíritu Santo Paráclito, porque se dignó venir en él. Pregunto, pues, como decía antes, por qué os horrorizáis cuando dice la Iglesia católica, que aquel en quien vino la Sabiduría divina, nació de una virgen: cuando vosotros no os horrorizáis de que aquel en quien predicáis que vino el Espíritu Santo, nació de una mujer unida a un hombre. ¿Qué otra cosa sospecho, no sé, sino que este Maniqueo, que busca acceso a las almas de los ignorantes a través del nombre de Cristo, quiso ser adorado en lugar

del mismo Cristo? ¿De dónde conjeturo esto, brevemente lo diré. Cuando a menudo os preguntaba en aquel tiempo en que os escuchaba, cuál era la causa de que la Pascua del Señor se celebrara a menudo sin ninguna, a veces con muy poca, tibia celebración por parte de los Auditores, sin vigiliias, sin ayuno prolongado, sin ningún aparato festivo; mientras que vuestro bema, es decir, el día en que Maniqueo fue asesinado, con un tribunal adornado con cinco gradas y preciosos lienzos, y expuesto y ofrecido a los adoradores, lo celebráis con grandes honores: cuando preguntaba esto, se respondía que debía celebrarse el día de la pasión de aquel que verdaderamente sufrió; pero que Cristo, que no nació, ni mostró carne verdadera, sino simulada a los ojos humanos, no sufrió, sino que fingió la pasión. ¿Quién no se lamenta, que hombres que quieren ser llamados cristianos, teman que la verdad se contamine por el útero de una virgen, y no teman la mentira? Pero para volver al asunto, ¿quién no sospecha, cuando lo considera diligentemente, que se niega por Maniqueo que Cristo nació de una mujer, y tuvo un cuerpo humano, para que su pasión, que ya es el tiempo más festivo de todo el orbe, no sea celebrada por aquellos que le creyeron, y no se honre con tanta devoción el día de su muerte deseada? Pues esto era lo más grato para nosotros en aquella celebración del bema, que se celebraba por la Pascua: porque deseábamos vehementemente aquel día festivo, al haberse sustraído otro que solía ser dulcísimo.

CAPÍTULO IX.

10. Espíritu Santo cuando fue enviado. Tal vez me digas: ¿Cuándo, entonces, vino el Paráclito prometido por el Señor? Aquí, si no tuviera otra cosa en la que creer, más fácilmente esperarí que aún viniera, que conceder que vino a través de Maniqueo. Ahora bien, como en los Hechos de los Apóstoles se proclama de manera muy clara la venida del Espíritu Santo, ¿qué necesidad me obliga a creer tan peligrosamente y tan fácilmente a los herejes? En el libro mencionado está escrito así: Hicimos el primer discurso sobre todo, oh Teófilo, que Jesús comenzó a hacer y enseñar el día en que eligió a los Apóstoles por el Espíritu Santo, y les mandó predicar el Evangelio. A quienes se mostró vivo después de su pasión con muchas pruebas durante días, se les apareció durante cuarenta días, enseñándoles sobre el reino de Dios, y cómo convivió con ellos, y les mandó que no se apartaran de Jerusalén, sino que esperaran la promesa del Padre, que oísteis, dice, de mi boca. Porque Juan bautizó con agua, pero vosotros comenzaréis a ser bautizados con el Espíritu Santo: y lo recibiréis no muchos días después de estos hasta Pentecostés. Ellos, cuando vinieron, le preguntaron, diciendo: Señor, si en este tiempo restaurarás el reino de Israel. Pero él les dijo: Nadie puede conocer el tiempo que el Padre ha puesto en su potestad; pero recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, y en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra (Hech. I, 8). He aquí donde recordó a los discípulos la promesa del Padre, que habían oído de su boca sobre el Espíritu Santo venidero. Ahora veamos cuándo fue enviado. Poco después sigue, y dice: En aquel tiempo, cuando se cumplió el día de Pentecostés, estaban todos juntos con un mismo ánimo: y de repente vino del cielo un sonido, como de un viento impetuoso, y llenó todo el lugar donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas divididas como de fuego, que se posaron sobre cada uno de ellos. Y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en lenguas, como el Espíritu les daba que hablasen. En Jerusalén habitaban judíos, hombres de toda nación que hay bajo el cielo. Y cuando se oyó la voz, se reunió la multitud, y se confundieron; porque cada uno los oía hablar en su propio idioma y lengua. Se asombraban y se maravillaban, diciendo unos a otros: ¿No son galileos todos estos que hablan? ¿Y cómo los oímos hablar en nuestra lengua en la que nacimos? Partos, medos, elamitas, y los que habitan en Mesopotamia, Armenia y Capadocia, Ponto, Asia, Frigia y Panfilia, Egipto y las regiones de África, que están cerca de Cirene; y los que habían venido de Roma, tanto judíos como

prosélitos, cretenses y árabes, los oían hablar en sus lenguas las maravillas de Dios. Se asombraban y estaban perplejos por lo que había sucedido, diciendo: ¿Qué significa esto? Otros, sin embargo, se burlaban, diciendo: Están llenos de mosto (Hech. II, 1-13). He aquí donde vino el Espíritu Santo: ¿qué más queréis? Si hay que creer en las Escrituras, ¿por qué no he de creer más bien en estas, que están firmadas con la más robusta autoridad; que junto con el mismo Evangelio, donde creemos igualmente en el Espíritu Santo prometido, han merecido ser conocidas por los pueblos, recomendadas a la posteridad y proclamadas? Por lo tanto, cuando leo estos Hechos de los Apóstoles unidos al Evangelio con igual autoridad, encuentro no solo que el Espíritu Santo fue prometido a esos verdaderos Apóstoles, sino también enviado tan manifiestamente, que no se dejó lugar a errores sobre este asunto.

CAPÍTULO X.

11. Espíritu Santo dado dos veces. La glorificación de nuestro Señor entre los hombres es la resurrección de los muertos y la ascensión al cielo. Está escrito en el Evangelio según Juan: El Espíritu aún no había sido dado, porque Jesús aún no había sido glorificado (Juan VII, 39). Si, por lo tanto, aún no había sido dado porque Jesús aún no había sido glorificado, una vez glorificado Jesús, necesariamente fue dado de inmediato. Y por esa misma doble glorificación, según el hombre y según Dios, el Espíritu Santo también fue dado dos veces: una vez, después de que resucitó de los muertos, cuando sopló en el rostro de los discípulos, diciendo, Recibid el Espíritu Santo (Id. XX, 22). Y otra vez, después de que ascendió al cielo, pasados diez días: número que significa perfección; cuando al número siete, en el que se sostienen todas las cosas creadas, se añade la Trinidad del Creador. Sobre estos asuntos, entre hombres espirituales, se tratan muchas cosas con piedad y cautela. Pero yo no me apartaré de mi propósito: he asumido tratar con vosotros de tal manera que no sea yo quien os enseñe, lo cual tal vez consideréis arrogante; sino como si yo mismo deseara aprender de vosotros, lo que en nueve años no pude. Por lo tanto, tengo las Escrituras en las que creo sobre la venida del Espíritu Santo, y si me prohibís creer en ellas, para que no crea temerariamente lo que no sé; así soléis advertir; mucho menos creeré en vuestras escrituras. Por lo tanto, o quitad todos los libros de en medio, y exponed la verdad discutiendo, de la cual no pueda dudar: o presentad libros tales, en los que no se me imponga con arrogancia lo que debo creer, sino que se me muestre sin engaño lo que debo aprender. Tal vez, dices, esta carta también es así. No quiero, por lo tanto, detenerme más en su umbral: veamos su interior.

CAPÍTULO XI.

12. Maniqueo promete la verdad, no la exhibe. Estas son, dice, palabras saludables, de una fuente perenne y viva; quien las escuche, y primero crea en ellas, luego guarde lo que insinúan, nunca estará sujeto a la muerte, sino que disfrutará de una vida eterna y gloriosa. Pues ciertamente debe ser considerado bienaventurado quien esté instruido con este conocimiento divino, por el cual será liberado y permanecerá en la vida eterna. Y esto, como veis, es una promesa, aún no una exhibición de la verdad: y vosotros también podéis fácilmente advertir que con este velo pueden disfrazarse cualquier error, para que penetren subrepticamente en las mentes de los inexpertos a través de una puerta adornada. Pues si dijera: Estas son palabras pestilentes, de una fuente venenosa; quien las escuche, y primero crea en ellas, luego guarde lo que insinúan, nunca será restaurado a la vida, sino que sufrirá una muerte penal y dolorosa (pues ciertamente debe ser considerado miserable quien esté implicado en esta ignorancia infernal, por la cual será sumergido y permanecerá en tormentos eternos); si dijera esto, diría la verdad: pero no solo no atraería a ningún lector a este libro; sino que todos en cuyas manos cayera, se levantarían en gran odio. Por lo tanto, pasemos a lo

que sigue, y no nos engañen estas cosas que pueden ser palabras comunes a buenos y malos, doctos e indoctos. ¿Qué sigue entonces?

13. La paz, dice, del Dios invisible, y el conocimiento de la verdad esté con los hermanos santos y amadísimos, que creen y sirven igualmente a los mandamientos celestiales. Así sea, como dice. Pues también esta es una benigna y muy aceptable bendición. Solo recordemos que estas cosas pueden ser dichas tanto por buenos maestros como por engañadores. Así que si no dijera más que tales cosas, concedería que todos deben leerlas y abrazarlas. Ni tampoco desaprobaba lo que sigue: añade, Pero que la diestra de la luz os proteja y os libre de toda incursión maligna, y de las trampas del mundo. Y en absoluto, cualquier cosa que esté escrita al principio de esta carta, hasta que se llegue al asunto, no quiero reprobarla, para que no se consuma mucho esfuerzo en cosas menores. Veamos ya, por tanto, la promesa más evidente del hombre.

CAPÍTULO XII.

14. Delirios de Maniqueo. Batalla antes de la constitución del mundo. De eso, pues, dice, hermano amadísimo Pattici, de lo que me has informado, diciendo que deseas saber qué tipo de nacimiento fue el de Adán y Eva, si fueron proferidos por la palabra, o primogénitos del cuerpo: se te responderá como conviene. Pues sobre esto, en varias escrituras y relatos, ha sido insertado y mencionado de manera disímil por muchos. Por lo tanto, la verdad de este asunto, tal como es, es ignorada por casi todas las naciones, y por todos los que también han discutido mucho y largamente sobre esto. Pues si les hubiera sido dado conocer manifiestamente sobre la generación de Adán y Eva, nunca estarían sujetos a la corrupción y la muerte. Por lo tanto, nos promete un conocimiento manifiesto de este asunto, para que no estemos sujetos a la corrupción y la muerte. Y si aún es poco, mira lo que sigue: Por lo tanto, dice, es necesario que se mencionen muchas cosas antes, para que se pueda llegar a este misterio sin ninguna ambigüedad. Esto es lo que decía, que la verdad debe serme demostrada de tal manera que se llegue a ella sin ninguna ambigüedad. Si él no lo prometiera, sin embargo, yo debería exigir y reclamar esto, para que con tan gran recompensa de conocimiento evidente y certísimo, no me avergonzara de hacerme maniqueo desde cristiano católico, a pesar de cualquier contradicción. Escuchemos ya, por tanto, lo que aporta.

15. Por lo tanto, si te parece, dice, escucha primero qué fue antes de la constitución del mundo, y de qué manera se libró la batalla, para que puedas separar la naturaleza de la luz de la de las tinieblas. Ya ha propuesto cosas increíbles y totalmente falsas. ¿Quién puede creer que antes de la constitución del mundo se libró alguna batalla? Y sin embargo, si es creíble, hemos venido no a creer, sino a conocer. Pues quien dice que persas y escitas lucharon entre sí hace muchos años, dice algo creíble; sin embargo, algo que podemos creer porque lo hemos oído o leído, no porque lo hayamos experimentado y comprendido. Por lo tanto, si rechazara a este si dijera algo así; pues no prometió cosas que obligaran a creer, sino cosas que pudiera conocer sin ninguna ambigüedad: ¿cómo no lo rechazaré, cuando no solo dice cosas inciertas, sino también increíbles? Pero, ¿qué? ¿si con algunas razones las hará claras y conocidas? Escuchemos, pues, si podemos, con toda paciencia y mansedumbre lo que sigue.

CAPÍTULO XIII.

16. Dos sustancias contrarias. Reino de la luz. Maniqueo transmite cosas inciertas como ciertas. Estas, dice, fueron en el principio, dos sustancias divididas entre sí. Y el imperio de la luz lo tenía Dios Padre, en su santa estirpe perpetuo, magnífico en virtud, verdadero por naturaleza, exultante siempre en su propia eternidad, conteniendo en sí mismo la sabiduría y

los sentidos vitales: por los cuales también comprende los doce miembros de su luz, es decir, las riquezas afluentes de su propio reino. En cada uno de sus miembros están escondidos miles de tesoros innumerables e inmensos. El mismo Padre, en su alabanza preeminente, de magnitud incomprensible, tiene unidos a sí mismo siglos bienaventurados y gloriosos, que no pueden ser estimados ni por número ni por longitud, con los cuales el mismo santo y glorioso Padre y generador vive, sin que en sus reinos insignes haya nadie necesitado o débil. Así están fundados sus reinos esplendidísimos sobre una tierra luminosa y bienaventurada, que por nadie puede ser movida o sacudida.

17. ¿Cómo me probará esto, o de dónde lo conoció él mismo? No me asustes con el nombre del Paráclito. Primero, porque no vine a creer en lo desconocido, sino a conocer lo cierto, hecho más temeroso por vosotros mismos. Vosotros sabéis cuán vehementemente soléis insultar a los que creen temerariamente: especialmente cuando el mismo que ya ha comenzado a narrar cosas inciertas, prometió poco antes una ciencia plena y firme.

CAPÍTULO XIV.

Prometía el conocimiento de cosas ciertas, e impone la fe en cosas inciertas. Luego, porque si se me ha de imponer la fe, más me retendría aquella Escritura, donde leo que vino el Espíritu Santo, y que los Apóstoles inspiraron (Hech. II, 1-4), a quienes el Señor prometió que lo enviaría (Juan XIV, 16, 26). Por lo tanto, o pruébame que lo que dice es verdadero, para que muestres lo que no puedo creer; o pruébame que quien lo dice es el Espíritu Santo, para que crea lo que no puedes mostrar. Pues yo profeso la fe católica, y presumo que por ella llegaré a la ciencia cierta: tú, que intentas debilitar mi fe, transmite una ciencia cierta, si puedes; para que lo que he creído, me convenzas de haberlo creído temerariamente. Me ofreces dos cosas: una cuando dices que es el Espíritu Santo quien habla; y otra, cuando dices que son manifiestas las cosas que dice. Debí conocer de ti sin ninguna duda ambas cosas: pero no soy avaro; enséñame una de ellas. Muéstrame que este es el Espíritu Santo, y creeré que son verdaderas las cosas que dice, aunque no las sepa: o muéstrame que son verdaderas las cosas que dice, y creeré que es el Espíritu Santo, aunque no lo sepa. ¿Puede tratarse contigo de manera más justa o benevolente? Pero tú no puedes mostrar ni esto ni aquello. No has elegido otra cosa que alabar lo que crees, y ridiculizar lo que creo. Así que cuando yo también, a mi vez, alabe lo que creo, y ridiculice lo que crees; ¿qué crees que debemos juzgar, o qué debemos hacer, sino dejar a aquellos que nos invitan a conocer lo cierto, y luego nos imponen creer lo incierto; y seguir a aquellos que nos invitan primero a creer lo que aún no podemos ver, para que, hechos más fuertes por la misma fe, merezcamos entender lo que creemos, no ya por los hombres, sino por el mismo Dios iluminando y fortaleciendo interiormente nuestra mente?

18. Y como he preguntado de dónde me lo probará, ahora pregunto de dónde lo conoció él mismo. Si dice que le fue revelado por el Espíritu Santo, y que su mente fue divinamente iluminada, para que conociera claramente y manifiestamente las cosas que dice; él mismo indica cuál es la diferencia entre conocer y creer. Pues él conoce, a quien estas cosas se le muestran clarísimamente: pero a aquellos a quienes se las narra, no les insinúa conocimiento, sino que les sugiere credulidad. A quienquiera que temerariamente consienta, se convierte en maniqueo; no conociendo cosas ciertas, sino creyendo cosas inciertas; como nos engañó a nosotros, jóvenes inexpertos, en algún momento. Por lo tanto, no debió prometernos ciencia, ni conocimiento manifiesto, ni llegar a lo que se busca sin ninguna ambigüedad; sino más bien decir que estas cosas le fueron mostradas a él, y que aquellos a quienes se les narran deben creerle lo que no saben. Pero si dijera esto, ¿quién no le respondería, Si, por lo tanto, voy a creer en lo desconocido, ¿por qué no creo más bien en aquellas cosas que ya son

celebradas por el consenso de doctos e indoctos, y están firmadas con la más grave autoridad entre todos los pueblos? Temiendo que esto se le dijera, arroja nubes sobre los inexpertos; primero prometiendo el conocimiento de cosas ciertas, y luego imponiendo la fe en cosas inciertas. Sin embargo, si se le dice esto, para que al menos demuestre que le fueron mostradas, igualmente falla, y también nos manda creerlo. ¿Quién soporta tanta falacia y tanta soberbia?

CAPÍTULO XV.

19. No solo son inciertas, sino también falsas las cosas que enseña. Delirio sobre la tierra y la gente de las tinieblas junto al lado de la tierra santa y la sustancia de Dios. Se refuta primero, porque atribuye partes y lados a la naturaleza de Dios, como si se extendiera por los espacios de los lugares con su masa. ¿Qué, si no solo mostraré, con la ayuda de Dios y nuestro Señor, que las cosas que dice son inciertas, sino también falsas? ¿Qué puede encontrarse más infeliz que esta superstición, que no solo no exhibe la ciencia que promete y la verdad, sino que dice cosas que son vehementemente contrarias a la ciencia y la verdad? Lo cual aparecerá más claramente en lo que sigue. Pues dice así: Junto a una parte y lado de esa tierra ilustre y santa estaba la tierra de las tinieblas, profunda e inmensa en magnitud, en la que habitaban cuerpos ígneos, es decir, géneros pestilentes. Aquí había tinieblas infinitas, manando de la misma naturaleza inestimables, con sus propios engendros: más allá de las cuales había aguas cenagosas y turbias con sus habitantes; en cuyo interior había vientos horribles y vehementes con su príncipe y progenitores. Nuevamente, una región ígnea y corruptible con sus líderes y naciones. De igual manera, hacia el interior, una gente llena de oscuridad y humo, en la que moraba un inmenso príncipe de todos y líder, teniendo a su alrededor innumerables príncipes, de los cuales él era la mente y el origen: y estas fueron las cinco naturalezas de la tierra pestilente.

20. Si dijera que la naturaleza de Dios es un cuerpo aéreo o incluso etéreo, ciertamente sería ridiculizado por todos, quienes pueden contemplar la naturaleza de la sabiduría y la verdad, no extendida ni difundida por los espacios de los lugares, grande y magnífica sin masa alguna, no menor en parte y mayor en parte, sino igual en todo al Padre supremo, no teniendo aquí una cosa y otra allí, sino íntegra en todas partes, presente en todas partes con cualquier visión de una mente ya más serena.

CAPÍTULO XVI.

Animam ipsam, aunque sea mutable, no se extiende a través de los espacios de los lugares. Pues siente toda en cada una de las partes del cuerpo. Pero, ¿qué diré de la verdad y la sabiduría, que superan todas las potencias del alma; cuando la misma naturaleza del alma, que se encuentra mutable, de ninguna manera ocupa los espacios de los lugares con alguna masa suya? Pues cualquier cosa que tenga alguna densidad, no puede sino disminuirse por partes, teniendo algo aquí y algo allá. Pues el dedo es menor que toda la mano; y un dedo es menor que dos; y este dedo está en un lugar, aquel en otro, y el resto de la mano en otro. Esto no solo lo vemos en las masas de los cuerpos articulados, sino también una parte de la tierra no está donde está la otra, porque cada una ocupa su lugar: y una parte del líquido está en un lugar menor, y otra en un lugar mayor; y una parte está cerca del fondo, otra cerca de los bordes del vaso. De manera similar, las partes del aire llenan cada una sus lugares; y no puede ser que el aire que llena esta casa pueda tener al mismo tiempo en la misma casa también aquel aire que tienen los vecinos: y una parte de la luz se infunde por esta ventana, otra por aquella; y una mayor por una mayor, y una menor por una menor. Y no puede haber

en absoluto ningún cuerpo, ya sea celestial o terrestre, aéreo o húmedo, que no sea menor en parte que en su totalidad: ni de ninguna manera puede tener en el lugar de esta parte al mismo tiempo otra parte; sino que teniendo algo aquí y algo allá, se extiende y divide por cualquier espacio de lugares, o más bien, por así decirlo, se extiende con una masa divisible. La naturaleza del alma, sin embargo, aunque no se considere aquella potencia suya con la que entiende la verdad, sino aquella inferior con la que contiene el cuerpo y siente en el cuerpo; de ninguna manera se encuentra extendida por los espacios de los lugares con alguna masa. Pues está presente toda en cada una de las partes de su cuerpo, ya que siente toda en cada una: ni una parte menor de ella está en el dedo, y una mayor en el brazo, como el mismo dedo es menor que el brazo; sino que está en todas partes igual, porque está toda en todas partes. Pues cuando se toca el dedo, no siente por todo el cuerpo, y sin embargo siente toda. Pues ese tacto no le es oculto a toda ella; lo cual no sucedería, si no estuviera toda presente. Ni está toda presente de tal manera, cuando se toca el dedo y siente en el dedo, que abandone el resto del cuerpo y se aglomere en ese único lugar donde siente. Sino que cuando siente toda en el dedo de la mano, si se toca otro lugar en el pie, tampoco deja de sentir toda allí: y así está toda presente al mismo tiempo en cada uno de los lugares distantes, no abandonando uno para estar toda en otro, ni sosteniendo ambos de tal manera que tenga una parte aquí y otra allá; sino que siendo suficiente para exhibirse toda al mismo tiempo en cada lugar, ya que siente toda en cada uno, muestra suficientemente que no está contenida por los espacios de los lugares.

CAPÍTULO XVII.

La memoria contiene imágenes de los lugares más grandes. ¿Qué, si pensamos en su memoria, no de las cosas inteligibles, sino de estas corporales que también se perciben que tienen las bestias (pues también los animales de carga se dirigen sin error por lugares conocidos, y las bestias regresan a sus guaridas, y los perros reconocen los cuerpos de sus dueños, y a menudo murmuran mientras duermen, y a veces estallan en ladridos, lo cual de ninguna manera podrían hacer si en su memoria no se movieran imágenes de cosas vistas o de alguna manera sentidas por el cuerpo); quién podría pensar dignamente, dónde se capturan estas imágenes, dónde se llevan, o dónde se forman? Pues si no pudieran ser mayores de lo que la cantidad de nuestro cuerpo contiene, alguien diría que el alma figura y guarda estas imágenes dentro de los mismos espacios de su cuerpo en los que también está contenida. Pero ahora, cuando el cuerpo ocupa una parte muy pequeña de la tierra, el alma gira imágenes de regiones inmensas y del cielo y la tierra, con las cuales, al irse y sucederse en multitudes, no se vuelve estrecha: y de aquí se muestra que no está difundida por los lugares, porque no es capturada por las imágenes de los lugares más grandes, sino que más bien las captura; no con algún seno, sino con una fuerza y potencia inefable, con la cual puede añadirles cualquier cosa y quitarles, y contraerlas en lo estrecho, y expandirlas por lo inmenso, y ordenarlas como quiera, y perturbarlas, y multiplicarlas, y reducirlas a la escasez o singularidad.

CAPÍTULO XVIII.

La potencia de entender juzga sobre la verdad de las cosas y sobre el mismo pensamiento. ¿Qué diré ya de aquella potencia, con la que se entiende la verdad, con la que a estas mismas imágenes que se forman a partir del sentido del cuerpo, oponiéndose por la verdad, se resiste con gran vivacidad? Con la cual se ve que una, por ejemplo, es la verdadera Cartago, y otra la que se imagina pensando, y que cambia con toda facilidad a su antojo: de la misma facilidad provienen innumerables mundos, en los cuales la imaginación de Epicuro ha peregrinado innumerablemente: y, para no seguir con muchos, de la misma facilidad proviene esta tierra de luz extendida por espacios infinitos, y las cinco cavernas de la gente de las tinieblas con

sus habitantes, en las cuales los fantasmas de los maniqueos se atrevieron a usurpar el nombre de la verdad. ¿Qué es, pues, esta potencia que discierne estas cosas? Ciertamente, por grande que sea, es mayor que todas estas, y se piensa sin ninguna tal imaginación de cosas. Encuentra espacios para esta, si puedes; difúndela por los lugares, extiéndela con el tumor de una masa infinita. Ciertamente, si piensas bien, no puedes. Pues cualquier cosa tal que se te ocurra, juzgas que puede ser cortada por partes con el mismo pensamiento, y haces allí una parte menor, otra mayor, cuanto te plazca; pero aquello mismo con lo que juzgas estas cosas, ves que está por encima de estas, no por la altura del lugar, sino por la dignidad de la potencia.

CAPÍTULO XIX.

21. Si el alma no se extiende por los lugares, mucho menos Dios. Por lo tanto, si sientes que el alma, tantas veces mutable, ya sea por la multitud de voluntades diversas, ya sea por los afectos que se inclinan según la abundancia o escasez de las cosas, ya sea por los innumerables juegos de fantasmas, ya sea por el olvido y la memoria, ya sea por la doctrina y la ignorancia; si, como dije, sientes que el alma, tantas veces mutable por estos y semejantes movimientos, no se difunde ni se extiende por los lugares, sino que supera todos esos espacios con la vivacidad de su potencia: ¿qué se debe pensar o estimar de Dios mismo, que permaneciendo incommovible e inmutable por encima de todas las mentes racionales, otorga lo que debe ser otorgado a cada uno? A quien el alma se atreve a hablar más fácilmente que a ver: y a quien tanto menos habla, cuanto más sinceramente ha podido ver. Sin embargo, si, como claman los fantasmas de los maniqueos, estuviera extendido por un lado determinado de los lugares, y por otros en un espacio inmenso: cualquier partícula en él, y innumerables fragmentos, unos mayores, otros menores, se medirían según el arbitrio del que piensa; de modo que una parte de dos pies en él, por ejemplo, sería ocho veces menor que una de diez pies. Pues eso es necesario que suceda a todas las naturalezas, que no pueden estar en todas partes enteras, difundidas por tales espacios: lo cual no se encuentra en el mismo alma, y por aquellos que no pueden considerar estas cosas, se cree de ella de manera deforme y torpe.

CAPÍTULO XX.

22. Se refuta el delirio sobre la doble tierra. Sin embargo, tal vez no se deba tratar así con las almas carnales, sino que se debe descender más bien a sus pensamientos, que al pensar no se atreven, o aún no pueden, seguir la naturaleza incorpórea y espiritual; de modo que ni siquiera consideran su propio pensamiento con el mismo pensamiento, y encuentran que juzga sobre los mismos espacios de los lugares sin ningún espacio de lugares. Descendamos, pues, a sus sentidos, y preguntemosles, junto a qué parte y junto a qué lado, como dice el maniqueo, estaba la tierra de las tinieblas de aquella tierra ilustre y santa. Pues dice, junto a una parte y lado; y no dice qué parte, o qué lado, derecho o izquierdo. Pero elijan lo que quieran, ciertamente es manifiesto que no se dice un lado, a menos que haya también otro lado. Pero donde hay tres o más lados, se entiende un contorno de figura terminado por todas partes, o si por alguna parte se extiende infinitamente, es necesario que se termine por aquellos que se llaman lados. Digan, pues, qué se unía a la tierra de la luz por el otro lado, o por los otros lados, si por un lado estaba la gente de las tinieblas. No lo dicen: pero cuando se les presiona para que lo digan, dicen que los otros lados de aquella tierra que llaman de luz son infinitos, es decir, que se extiende por espacios infinitos, y no está contenida por ningún fin. Ni entienden que ya no son lados, lo cual es clarísimo para cualquier ingenio lento. Entonces serían lados, si se terminaran en sus límites. ¿Qué me importa, dice, si no son lados? Pero cuando decías, junto a una parte y lado, también obligabas a entender otra parte o partes, y otro lado o lados. Pues si solo había un lado, solo se debía decir junto al lado, no

junto a un lado. Así como en nuestro cuerpo decimos correctamente que algo está junto a un ojo, porque hay otro ojo; o junto a un pecho, porque hay otro. Pero si decimos junto a una nariz, o junto a un ombligo, cuando no hay otro, seremos ridiculizados por doctos e indoctos. Pero no te presiono con palabras: pues tal vez quisiste llamar uno como único.

CAPÍTULO XXI.

Esa misma tierra de luz, si se une a la tierra de las tinieblas, es corpórea. Figura de la tierra de las tinieblas unida a la tierra de luz. ¿Qué, entonces, estaba junto a ese lado de la tierra, que llamas ilustre y santa? Tierra, dices, de las tinieblas. ¿Qué, al menos con respecto a esta tierra, concedes que era corpórea? Es necesario que digas esto; puesto que afirmas que todos los cuerpos tienen su origen allí. ¿Qué, entonces, pregunto, aunque seamos lentos, aunque carnales hombres, no habéis notado alguna vez que ambas tierras no pueden unirse por sus lados, a menos que ambas sean corpóreas? ¿Por qué, entonces, se nos decía a nosotros, pervertidos por no sé qué ceguera, que solo la tierra de las tinieblas era o fue corpórea; pero que aquella que se llamaba tierra de luz debía creerse incorpórea y espiritual? Despertemos alguna vez, hombres buenos, y al menos advertidos, atendamos lo que es facilísimo, que dos tierras no pueden unirse por sus lados, a menos que ambas sean cuerpo.

23. O si también somos gruesos y lentos para estas cosas, pregunto si la misma tierra de las tinieblas tenía un lado, y los demás infinitos, como la tierra de luz. No lo creen así; pues temen que parezca igual a Dios. Dicen, pues, que aquella es inmensa en profundidad y longitud: pero hacia arriba afirman que sobre ella hay espacios de infinita vacuidad. Y para que no parezca que ella ocupa un simple, y la tierra de luz un doble, también la estrechan por dos lados. Como si un pan (pues lo que se dice puede verse más fácilmente) se formara en cuatro cuadrados cruzados, de los cuales tres son blancos, uno negro: ahora quita la distinción de los tres blancos, y hazlos infinitos tanto hacia arriba como hacia abajo, y por todas partes hacia atrás: así se cree que es la tierra de luz. Pero haz aquel cuadrado negro infinito hacia abajo y hacia atrás, y que tenga sobre sí una inmensidad de vacuidad: así opinan sobre la tierra de las tinieblas. Pero estas cosas las demuestran como secretos a los que investigan con demasiada atención y estudio.

CAPÍTULO XXII.

La figura de la tierra de luz es más fea. Sin embargo, si es así, aparece que la tierra de las tinieblas toca a la tierra de luz por dos lados. Y ciertamente si toca por dos, también toca por dos. Ciertamente junto a un lado estaba la tierra de las tinieblas.

24. Luego, qué fea figura de la tierra de luz aparece, como una pezuña hendida con un cierto cuña negra estrechada por debajo, solo terminada por donde se halla hendida, también abierta y patente por encima con la vacuidad interpuesta en cualquier cosa que desde la superficie de la tierra de las tinieblas se extienda hacia arriba inmensamente. Qué mejor figura de la misma tierra de las tinieblas se muestra: si aquella hendiéndola, esta es hendida; aquella se inserta, esta se interpone; aquella no da lugar a ninguna vacuidad en sí, esta solo no es laxa por la parte inferior, donde es rellena por la cuña hostil. Por lo tanto, hombres indoctos y avaros, cuando tributan mayor honor a la multitud de partes que a la unidad, para dar seis partes a la tierra de luz, tres hacia abajo, tres hacia arriba, prefirieron que la tierra de luz fuera penetrada que penetrar. Pues con tal figura, aunque nieguen que está mezclada, no pueden negar que está penetrada.

CAPÍTULO XXIII.

25. Los antropomorfistas pecan menos que los maniqueos. Compara ahora, no a los hombres espirituales de la fe católica, en los cuales, tanto como el alma puede en esta vida, discierne la sustancia y naturaleza divina no extendida por los espacios de los lugares, no figurada por dimensiones de líneas; sino compara a nuestros carnales y pequeños, que suelen, al escuchar en alegoría ciertos miembros de nuestro cuerpo, como cuando se dice los ojos de Dios y los oídos de Dios, suelen figurarse a Dios con la libertad de la fantasía en la forma de un cuerpo humano: compáralos ya con aquellos maniqueos, que suelen describir estas tonterías a hombres atentos y curiosos como grandes secretos: y considera quiénes piensan más tolerablemente y honestamente sobre Dios; si aquellos que lo piensan en forma humana, con la máxima dignidad en su género, o aquellos que lo imaginan difundido en una masa infinita, no obstante, no por todas partes, sino condensado en tres cuadrados infinitos, y por un lado hendido, patente, abierto, laxo por encima con vacuidad interpuesta, cuneado por debajo con la tierra de las tinieblas; o, si es mejor decirlo así, abierto por encima con su propia naturaleza, penetrado por debajo con la ajena. He aquí que yo me río contigo de los hombres carnales, que aún no pueden pensar en lo espiritual, pensando en Dios en forma humana: riéte tú también conmigo, si puedes, de aquellos que imaginan con tan miserable pensamiento una hendidura o escisión de Dios tan deforme y turpe, tan vacuamente abierta por encima, tan deshonestamente obturada por debajo. Con esto también se diferencia, que estos carnales que piensan en Dios en forma humana, si contentos con el seno de la Iglesia católica, deben ser nutridos con leche, no se precipitan en opiniones temerarias, sino que allí nutren un estudio piadoso de búsqueda, allí piden para recibir, allí llaman para que se les abra; comienzan a entender espiritualmente las alegorías y parábolas de las Escrituras, y poco a poco a saborear las potencias divinas, congruentemente enunciadas en un lugar con el nombre de oídos, en otro de ojos, en otro de manos o pies, o incluso de alas y plumas, también de escudo y espada y casco, y de innumerables otras cosas semejantes. Con esta inteligencia, cuanto más progresan, tanto más se afirman como católicos. Los maniqueos, sin embargo, cuando abandonen la imaginación de aquella figura, no podrán ser maniqueos. Pues esto lo atribuyen como propio y principal a las alabanzas de su autor, que dicen que aquellas cosas que en los libros antiguos fueron puestas figuradamente como misterios divinos, fueron reservadas para ser resueltas y demostradas por este que había de venir último: y por eso después de este ya no vendrá ningún maestro divinamente, porque él no dijo nada en alegorías y figuras, mientras que revelaba las de los antiguos que eran tales, y mostraba las suyas claramente y manifiestamente. No tienen, pues, estos a qué interpretaciones volver, cuando se les lee de su autor, Junto a una parte y lado de aquella tierra ilustre y santa estaba la tierra de las tinieblas. A dondequiera que se vuelvan, es necesario que, coartados por la miseria de sus fantasmas, caigan en hendiduras o abruptas divisiones y uniones, o en hendiduras muy torpes; lo cual no digo de la naturaleza inmutable de Dios, sino de cualquier naturaleza incorpórea, aunque mutable, como es el alma, es miserable creer. Y sin embargo, si no pudiera elevarme a cosas superiores, ni liberar mis pensamientos de las falsas imaginaciones que llevo fijadas en la memoria a través de los sentidos corporales, hacia la libertad y sinceridad de la naturaleza espiritual; cuánto mejor pensaría en Dios en forma de cuerpo humano, que aferraría aquel cuña negra a la hendidura inferior de él, y no encontrando con qué llenar la vastísima laxitud superior, lo dejaría así patente y abierto con inmensa vacuidad. ¿Qué puede decirse o imaginarse más feo que esta opinión? ¿Qué más tenebroso que este error?

26. Sobre el número de naturalezas en la fantasía de los maniqueos. Luego quiero que se me diga, cuando leo sobre Dios Padre y los reinos fundados sobre la tierra luminosa y bienaventurada, si son de la misma sustancia y naturaleza, tanto el Padre como sus reinos y la tierra. Si es así, ya no es como si otra naturaleza, que sería como el cuerpo de Dios, fuera

penetrada y dividida por la cuña de la gente de las tinieblas; lo cual sería de una deformidad indescriptible y vergonzosa: sino que es la misma naturaleza de Dios la que esa cuña de la tierra de las tinieblas penetra y divide. Les ruego que piensen en esto: son humanos; les ruego que piensen en esto y huyan, y que erradiquen y expulsen de su fe los sacrilegios de tales fantasías, desgarrando, si es posible, sus corazones. ¿O dirán que esas tres cosas no son de la misma naturaleza, sino que el Padre es de una, los reinos de otra y la tierra de otra, teniendo cada una sus propias naturalezas y sustancias diferentes, ordenadas en grados de excelencia? Si esto es cierto, Maniqueo debería haber proclamado no dos, sino cuatro naturalezas. Pero si el Padre y los reinos tienen una naturaleza, y solo la tierra es diferente, entonces deberían haberse proclamado tres naturalezas. O si prefirió decir dos porque la tierra de las tinieblas no pertenece a Dios, pregunto cómo la tierra de la luz pertenece a Dios. Si tiene una naturaleza diferente y no fue engendrada ni hecha por Él, no le pertenece, y sus reinos están situados en algo ajeno. O si pertenece porque está cerca, entonces también debería pertenecer la tierra de las tinieblas, que no solo toca la tierra de la luz por vecindad, sino que también la penetra. Pero si la engendró, no debe creerse que tiene una naturaleza diferente. Lo que Dios engendró, debe creerse que es lo que Dios es, como se cree en la Iglesia Católica sobre el Hijo unigénito. Por lo tanto, para evitar y detestar esa deformidad, la necesidad los lleva a admitir que no es la tierra como algo diferente, sino la misma naturaleza de Dios la que esa cuña negra divide. Pero si Dios no la engendró, sino que la hizo, pregunto de qué la hizo. Si de sí mismo, ¿qué otra cosa es sino engendrar? Si de alguna naturaleza ajena, pregunto si era buena o mala. Si era buena, entonces había una naturaleza buena que no pertenecía a Dios: lo cual no se atreverán a decir. Pero si era mala, entonces no solo la gente de las tinieblas era de naturaleza mala. ¿O acaso Dios ya había tomado de allí alguna parte para convertirla en la tierra de la luz y establecer sobre ella sus reinos? Entonces debería haberlo hecho con toda ella, para que ya no existiera ninguna naturaleza mala. Pero si no hizo la tierra de la luz de una sustancia ajena, queda que la hizo de la nada.

CAPÍTULO XXV.

27. Creación de la nada por el Omnipotente de bienes inferiores a otros. En cualquier figura de la unión de las dos tierras, por más que se imagine, siempre habrá deformidad o absurdo. Por lo tanto, si ya se les persuade de que el Dios omnipotente puede hacer algo bueno de la nada, vengan a la Iglesia Católica; y aprendan que todas las naturalezas que Dios hizo y creó están ordenadas en grados de excelencia, desde las más altas hasta las más bajas, todas buenas, pero unas superiores a otras: y que fueron hechas de la nada, cuando Dios, el artífice, operaba potencialmente por su sabiduría, para que pudiera existir lo que no existía: y en cuanto existía, era bueno; pero en cuanto fallaba, mostraba que no había sido engendrado por Dios, sino hecho por Él de la nada. ¿Qué los retiene, si lo consideran, que no encuentran? Cuando describen la tierra de la luz, no pueden decir que es lo que Dios es, para que la naturaleza de Dios no quede manchada por la fealdad de esa cuña; ni que fue engendrada por Él, para que no se vea obligada a ser entendida como lo que Dios es, y vuelva a la misma deformidad; ni que es ajena a Él, para que no se diga que sus reinos están en algo ajeno, y se vean obligados a decir no dos, sino tres naturalezas; ni que fue hecha por Él de una sustancia ajena, para que no haya otro bien aparte de Dios, o mal aparte de la gente de las tinieblas. Por lo tanto, les queda admitir que Dios hizo la tierra de la luz de la nada: y no quieren creer que si Dios pudo hacer de la nada un gran bien, aunque inferior a Él mismo, también pudo, porque es bueno y no envidia ningún bien, hacer otro bien, que fuera inferior al primero; pudo hacer un tercero, al que se antepusiera el segundo, y luego llevar el orden hasta el bien más bajo de las naturalezas creadas, hasta que el universo de ellas no se disolviera en un número indefinido e incierto, sino que permaneciera determinado y consistente. O si no

quieren admitir que Dios hizo de la nada esta tierra de la luz, no habrá salida para evitar tantas deformidades y opiniones tan sacrílegas.

28. O vean ciertamente, ya que es libre para el pensamiento carnal imaginar las fantasías que quiera, si acaso pueden encontrar otra forma cualquiera para esta unión de las dos tierras, para que no se presente a la mente una apariencia tan detestable y aborrecible: la tierra de Dios, ya sea de la misma naturaleza que Dios o de una diferente, en la que sin embargo están fundados los reinos de Dios, yace con tal masa inmensa a través del infinito, que con sus miembros extendidos y abiertos a través del infinito, recibe de la manera más fea y vergonzosa desde la parte inferior incluso esa cuña de inmensa magnitud de la tierra de las tinieblas. Pero cualquier otra figura que encuentren para unir estas dos tierras, ciertamente no pueden borrar las letras de Maniqueo: no digo otras en las que describió esto más explícitamente; pues tal vez porque son conocidas por menos personas, parecen tener menos peligro: sino estas mismas de las que ahora se trata, de la Epístola del Fundamento, que suele ser muy conocida por casi todos los que entre ustedes son llamados iluminados. Aquí se escribe así: "Junto a una parte y lado de esa tierra ilustre y santa, estaba la tierra de las tinieblas, profunda y de inmensa magnitud."

CAPÍTULO XXVI.

Los maniqueos se ven acorralados, ya sea que digan que esa unión se hace por un lado tortuoso, curvo o recto. En este tercer tipo de unión habría concordia y belleza conveniente para ambas tierras. ¿Qué más esperamos? Pues tenemos que estaba junto al lado. Imaginen ya las figuras que quieran, y describan las líneas que deseen; ciertamente esa masa inmensa de la tierra de las tinieblas, o se unía a la tierra de la luz por un lado recto, o curvo, o tortuoso. Pero si era tortuoso; también esa tierra santa tiene un lado tortuoso: pues si ella misma tiene un lado recto, y se toca con el lado tortuoso de esta, quedan ciertas cavernas profundas abiertas a través del infinito, y ya no solo sobre la tierra de las tinieblas había vacuidad, como solíamos escuchar. Si es así, ¿cuánto mejor sería que la tierra de la luz se alejara un poco más, y que esa gran vacuidad interviniera, para que no pudiera ser tocada en absoluto por la tierra de las tinieblas desde ninguna parte? Más bien, que se abriera un espacio tan grande de profundidad vacía, que si surgiera alguna maldad de esa gente, incluso si los príncipes de las tinieblas quisieran temerariamente saltar hacia ella (pues los cuerpos no pueden volar, a menos que sean sostenidos por aire corpóreo), precipitados a través de ese vacío, y como sería infinito hacia abajo, sin llegar nunca a ningún fondo, incluso si pudieran vivir siempre, nunca podrían hacer daño mientras siempre se dirigieran hacia abajo. Pero si se unía por un lado curvo, la tierra de la luz la recibía deforme con un seno curvo. O si era curva hacia adentro como en forma de teatro, la parte curva de la tierra de la luz la abrazaba con una unión no menos deformada. O si esta tenía un lado curvo, y aquella uno recto, no la tocaba en todo su lado. Y ciertamente sería mejor, como dije antes, que no se tocaran en absoluto, y que interviniera un vacío tan grande, que separara ambas tierras con un intervalo justo, y no permitiera que los temerarios malvados hicieran daño al precipitarse por el infinito. Pero si un lado recto tocaba un lado recto, no veo ciertamente ningún receptáculo o abertura: pero claramente veo tanta paz y concordia entre ambas tierras, que no puede haber una unión mayor. Pues ¿qué hay más hermoso, qué más conveniente, que un recto se una a otro recto, de modo que ninguna parte sinuosa o curva rompa o separe la unión natural y estable a través del infinito espacio del lugar y desde la eternidad infinita? Esos lados rectos de ambas tierras, incluso si estuvieran separados por un vacío interpuesto, no solo serían hermosos por sí mismos, porque serían tan rectos: sino que también, con el intervalo interpuesto, se corresponderían de tal manera que las rectitudes paralelas de ambos lados, incluso sin ninguna unión, por su misma similitud, se unirían en una sola belleza. Pero cuando se añade esta unión, no encuentro qué puede ser más

concordante y pacífico que ambas tierras, ni qué puede ser más hermoso que la misma unión de los dos lados rectos.

CAPÍTULO XXVII.

29. La belleza del lado recto podría ser retirada de la tierra de las tinieblas sin ninguna detracción de la sustancia. Así ocurre el mal en el alma sin añadir ni quitar sustancia. El lado de la tierra de las tinieblas, en cuanto es recto, tendría algo de bueno del Creador Dios. ¿Qué haré con las almas miserables atrapadas en el error y enredadas en la costumbre? Pues estos hombres no saben lo que dicen cuando hablan así: no prestan atención. Les ruego, nadie los apremia, nadie los presiona en una disputa, nadie se burla de sus errores pasados, excepto quien no ha experimentado la misericordia divina para librarse de los errores: solo procuremos que alguna vez terminen. Observen un poco sin animosidad y amargura. Todos somos humanos; no odiamos a las personas, sino a los errores y falsedades. Les ruego, observen un poco. Dios de misericordias, ayuda a los que observan, y enciende la luz interior para los que buscan la verdad. Pues ¿qué entendemos, si no entendemos que lo recto es mejor que lo torcido? Pregunto entonces, si lo aceptan con calma y modestia, si alguien torciera el lado recto de la tierra de las tinieblas, que se une al lado recto de la tierra de la luz, ¿no le quitaría ninguna belleza? Es necesario que admitan, si no quieren ladrar, que no solo se le quitaría belleza si se torciera, sino también la belleza que podría tener en común con el lado recto de la tierra de la luz. Quitando esto, y haciendo de lo recto algo torcido, para que discordara lo que concordaba, y aborreciera lo que coincidía, ¿acaso le quitaría alguna sustancia? Así, aprendan que el mal no es sustancia, sino que, como en el cuerpo, por el cambio de forma a peor, se pierde o disminuye la apariencia, y se dice feo lo que antes se decía hermoso, y desagrada el cuerpo que antes agradaba: así en el alma, el decoro de la voluntad recta, por el cual se vive piadosa y justamente, se deforma por la voluntad cambiada a peor; por este pecado, el alma se hace miserable, que obtenía la bienaventuranza por la honestidad de la voluntad recta, sin añadir ni quitar sustancia.

30. Luego también piensen en esto, porque incluso si concedemos por otras razones que el lado de la tierra de las tinieblas es malo, porque es oscuro, porque es tenebroso, o si se puede decir algo más, no obstante, en cuanto es recto, no es malo. Así como concedo que en su color hay algo malo, así es necesario que ustedes concedan que en su rectitud hay algo bueno. Es un sacrilegio, por lo tanto, alienar este bien, por pequeño que sea, del artífice Dios, de quien, si no creemos que todo bien que hay en cualquier naturaleza proviene, erramos perniciosamente. ¿Cómo, entonces, dice él que esta tierra es el sumo mal, en cuyo lado recto encuentro, en cuanto al cuerpo se refiere, un bien de no poca belleza; y quiere que esté completamente alienada del Dios omnipotente y óptimo, cuando ese mismo bien que encontramos en ella, no encontramos a quién más atribuirlo sino al autor de todos los bienes? Pero, dice, también ese lado era malo. Supongamos que es malo: ciertamente sería peor si no fuera recto, sino torcido. ¿Cómo, entonces, es el sumo mal, si se puede pensar en algo peor? Además, es necesario que haya algo de bueno, al carecer de lo cual cualquier cosa se hace peor. Al carecer de rectitud, ese lado se haría peor. Por lo tanto, tiene algo de bueno, la rectitud. Y nunca me dirás de dónde proviene, a menos que te dirijas a aquel de quien, ya sean grandes o pequeñas, todas las cosas buenas debemos admitir que provienen. Pero ya pasemos de la consideración de este lado a otras cosas.

CAPÍTULO XXVIII.

31. En la tierra de las tinieblas, Maniqueo coloca cinco naturalezas. "Habitaban," dice, "en esa tierra cuerpos ígneos, es decir, géneros pestilentes." Cuando dice "habitaban," quiere que

se entienda que eran animados y vivientes. Pero para no parecer que queremos calumniar por una palabra, atendamos a cómo distribuye a todos estos habitantes de esa tierra en cinco géneros vivos. "Aquí," dice, "infinitas tinieblas, emanando de la misma naturaleza inestimables, con sus propios frutos: más allá de las cuales había aguas cenagosas y turbias con sus habitantes; dentro de las cuales había vientos horribles y vehementes con su príncipe y progenitores. Nuevamente, una región ígnea y corruptible con sus líderes y naciones. De igual manera, hacia adentro, una gente llena de oscuridad y humo, en la que moraba un príncipe inmenso y líder de todos, teniendo a su alrededor innumerables príncipes, de los cuales él era la mente y el origen: y estas fueron las cinco naturalezas de la tierra pestilente." Observamos cinco naturalezas como partes de una naturaleza, que llama tierra pestilente. Estas son: tinieblas, aguas, vientos, fuego, humo, que ordena de tal manera que las tinieblas son exteriores a las demás, desde las cuales comienza a contar. Dentro de las tinieblas, coloca las aguas; dentro de las aguas, los vientos; dentro de los vientos, el fuego; dentro del fuego, el humo. Y estas cinco naturalezas tenían cada una sus propios géneros de habitantes, que también son cinco. Pues pregunto si había un solo género de habitantes en todas las cinco naturalezas, o géneros diversos, como las mismas naturalezas son diversas. Responden que eran diversos, y así lo enseñan en otros libros, que las tinieblas tenían serpientes; las aguas, nadadores, como los peces; los vientos, voladores, como las aves; el fuego, cuadrúpedos, como caballos, leones, y otros semejantes; el humo, bípedos, como los humanos.

CAPÍTULO XXIX.

32. Este delirio es refutado. ¿Quién, entonces, ordenó estas cosas? ¿Quién las distribuyó y distinguió? ¿Quién les dio número, cualidades, formas, vida? Pues todas estas cosas son buenas en sí mismas, y no se encuentra a quién más atribuir cada naturaleza sino al Dios autor de todos los bienes. No es como cuando los poetas describen el caos, o de alguna manera lo insinúan, una materia informe sin forma, sin cualidad, sin medida, sin número y peso, sin orden y distinción, un algo confuso y completamente carente de toda cualidad; de lo cual algunos doctores griegos lo llaman *ἄπειρον*: no es así como estos intentan insinuar esta tierra que llaman de las tinieblas: sino de una manera completamente diferente, y muy diversa y contraria, lado a lado la unen y alinean: numeran, distinguen, ordenan cinco naturalezas, las anuncian con cualidades propias; ni las permiten desiertas e infecundas, sino que las llenan con sus habitantes: y a esos mismos les atribuyen formas congruentes y adecuadas a sus moradas, y, lo que supera a todo, vida. Enumerar estos tantos bienes, y decir que están alienados del Dios autor de todos los bienes, es no reconocer en las cosas tanto bien de orden, ni en sí mismo tanto mal de error.

CAPÍTULO XXX.

33. Cuántos bienes hay en esas naturalezas que Maniqueo sitúa en la tierra de las tinieblas. — Pero esas, dice, cinco géneros que habitaban aquellas naturalezas, eran feroces y pestilentes. Como si yo hubiera alabado la ferocidad y la peste en ellas. He aquí que yo contigo critico lo que acusas de malo en ellas: alaba tú conmigo lo que tú mismo recuerdas como bueno en ellas: así verás que deseas establecer bienes mezclados con males como el mal supremo y extremo. Critico contigo la peste allí: alaba conmigo la salud allí. Pues aquellos géneros no podrían nacer, ni nutrirse, ni habitar aquella tierra sin alguna salud. Critico contigo las tinieblas allí: alaba conmigo la fecundidad allí. Pues dices que las tinieblas son inestimables; y sin embargo, añades, con sus propios frutos. Aunque las tinieblas no son corpóreas; y todo este nombre es la ausencia de luz: como la desnudez, carecer de vestimenta; y la vacuidad, carecer de plenitud corporal: y por eso las tinieblas no pudieron engendrar nada, aunque la

tierra, al carecer de luz, pudo engendrar algo. Pero dejemos esto por ahora: sin embargo, donde surgen los frutos, hay un temperamento apto para la salud, y una cierta concordia numérica ordena y edifica en unidad los miembros de los nacientes, congruentes entre sí en la paz de la moderación. ¿Quién no entiende que todo esto es más digno de alabanza que las tinieblas de vituperio? Critico contigo el lodo turbio de las aguas: alaba conmigo también la especie y calidad de las aguas, y los miembros congruentes de los habitantes nadadores, la vida que contiene y gobierna el cuerpo, y todo el temperamento de su género acomodado a la salud. Por mucho que reprendas las aguas lodosas y turbias, sin embargo, al decir que tales aguas podían engendrar y contener sus criaturas, no puedes quitar la especie de aquel cuerpo cualquiera y la similitud de las partes, que se forman y pacifican en una calidad única; porque si lo quitas, no habrá cuerpo: todo lo cual, si eres humano, sientes que es digno de alabanza. Y por mucho que exageres la ferocidad de aquellos habitantes, y entre los impulsos las dilaceraciones y devastaciones, no les quitas, sin embargo, los límites numerosos de las formas, por los cuales los cuerpos de cada uno de ellos están pacificados en la paridad de los miembros, y el temperamento de la salud, y el moderador del alma que reduce las partes de su cuerpo a la unidad de la amistad y la concordia: lo cual, si lo miras con sentido humano, ves que es más digno de alabanza que lo que te desagrade de vituperio. Critico contigo el horror de los vientos: alaba conmigo la naturaleza respirable y nutritiva de esos mismos vientos, y la especie del cuerpo con la conveniencia de las partes continuadas y difundidas: con todas estas cosas podían engendrar, alimentar y contener saludablemente a sus habitantes; y de esos habitantes, además de las otras cosas que en todos los seres animados han sido alabadas con razón superior, especialmente los rápidos y fáciles pasos de donde quieran y a donde quieran, y el impulso concordante de las alas en el vuelo y el movimiento no desigual. Critico contigo la corrupción del fuego: alaba conmigo el fuego generador, y su vigorosa y oportuna temperación para los nacientes, y para que se consolidaran, y para que se perfeccionaran con sus números y líneas, y para que pudieran vivir y habitar allí: todo lo cual no solo en la habitación del fuego, sino también en los mismos habitantes reconoces que es admirable y digno de alabanza. Critico contigo la oscuridad del humo, y la inmensidad del príncipe que, según dices, moraba en él: alaba conmigo que incluso en ese humo no encuentras ninguna parte disímil a las demás; por lo cual en su género guarda la congruencia y medida de sus partes entre sí, de modo que es lo que es por una cierta unidad: lo cual nadie considera sobriamente, y no lo alaba maravillosamente. ¿Qué, que incluso al humo le añades la fuerza y potencia de engendrar, cuando también le atribuyes príncipes habitantes: de modo que lo que aquí nunca hemos visto, allí el humo sea fecundo, y ofrezca una mansión saludable a sus habitantes?

CAPÍTULO XXXI.

34. Sobre el mismo argumento. Que incluso en el mismo príncipe del humo solo advertiste la inmensidad que vituperabas, ¿no debiste atender a las demás cosas que te obligarían a alabar su naturaleza? Pues tenía alma y cuerpo; aquella vivificante, este inspirado por la vida: cuando aquella gobernaba, este obedecía; aquella precedía, este seguía; aquella contenía, este no se desbordaba; aquella movía en números, este se estabilizaba con la numerosa estructura de los miembros. ¿No te mueve a la alabanza en este único príncipe, o la paz ordenada, o el orden pacífico? Lo que se ha dicho de uno, puede entenderse de los demás. Pero, ¿era feroz e inmenso con los demás? No alabo esto, sino tantas cosas que no quieres atender. Que sí, aunque advertido, las mira y considera, cualquiera que haya creído temerariamente en Maniqueo, sin duda reconoce, cuando habla de estas naturalezas, que habla de ciertos bienes, pero no de los supremos e infabricados, como es Dios una Trinidad, ni de los fabricados que están ordenados sublimemente, como son los Ángeles santos y las potestades beatísimas: sino

de los bienes ínfimos y ordenados en el fondo de las cosas según la medida de su género; que al compararse con los superiores, se consideran vituperables por los ignorantes; y al considerarse cuánto les falta de bien, que está presente en aquellos, la ausencia de ese mismo bien lleva el nombre de mal. Y yo, en efecto, por eso discuto así sobre estas naturalezas, porque se nombran cosas que en este mundo nos son conocidas. Pues conocemos las tinieblas, las aguas, los vientos, el fuego, el humo; conocemos también los animales reptantes, nadadores, voladores, cuadrúpedos, bípedos: en todos los cuales, excepto las tinieblas, que, como dije, no son otra cosa que la ausencia de luz, que se discernen no viendo con los ojos, como el silencio no oyendo con los oídos; no porque las tinieblas sean algo, sino porque no hay luz; como no porque el silencio sea algo, sino porque no hay sonido: excepto, pues, las tinieblas en esta enumeración, las demás naturalezas son, y conocidas por todos; cuya especie, porque en cuanto es, es laudable y buena, nadie prudente la aleja del autor de todos los bienes, Dios.

CAPÍTULO XXXII.

35. Maniqueo ordenó sus fantasmas a partir de lo que vio aquí. Pues aquel Maniqueo, como quiso ordenar las naturalezas que aquí aprendió en sus fantasmas, como en la gente de las tinieblas, se demuestra completamente falso. Primero, porque las tinieblas no pueden engendrar nada, como se ha dicho. Pero no eran tales, dice, aquellas tinieblas, como las que conoces aquí. ¿De dónde, pues, me enseñas sobre ellas? ¿O acaso, siendo tan verboso prometedor de doctrina, me obligas a creer? Pero hazme creer. Sin embargo, sé que si no tenían alguna especie, como estas no la tienen, no pudieron generar nada: si la tenían, eran mejores. Pero tú, al decir que no eran tales, deseas que se crean peores. Podrías decir también que el silencio, que es así para los oídos como las tinieblas para los ojos, engendró allí algunos animales sordos o mudos: de modo que cuando se te dijera que no hay ninguna naturaleza del silencio, responderías, Pero no tal silencio, como el que conoces aquí; para que dijeras lo que quisieras a aquellos que una vez, para que te creyeran, habías engañado. Aunque lo que le indujo a fingir que en las tinieblas nacieron reptiles, pudo bien advertirse en los mismos principios de los nacientes. Pero hay serpientes que ven tan agudamente, y se regocijan tanto en la presencia de la luz, que parecen dar un testimonio gravísimo contra él. Luego, en las aguas, los nadadores fue fácil aprender aquí, y trasladar esos fantasmas allí; así también en los vientos, los voladores, puesto que el impulso de este aire más denso en el que vuelan las aves, se llama viento: en el fuego, sin embargo, no sé de dónde le vino a la mente fingir cuadrúpedos. Y sin embargo, no lo dijo sin razón, pero poco lo atendió, y erró mucho. Pues suelen dar esta razón, que los cuadrúpedos son voraces, y arden mucho en el coito. Pero muchos hombres superan en voracidad a cualquier cuadrúpedo, que ciertamente son bípedos, a quienes no dice hijos del fuego, sino del humo. Sin embargo, no se encuentra fácilmente nada más voraz que los gansos: que si los coloca en el humo, porque son bípedos; o en las aguas, porque aman nadar; o en los vientos, porque tienen plumas, y a veces vuelan: ciertamente no pertenecen al fuego según su distinción. Pero en cuanto al ardor del coito, creo que advirtió a los caballos relinchando, y a menudo llevados por las bridas mordidas hacia las hembras: lo cual, advertido, al querer escribirlo rápidamente, no atendió al gorrión del muro, en cuya comparación cualquier semental se encuentra frigidísimo. Pero cuando se les pregunta por qué ordenó a los bípedos en el humo, responden que el género de los bípedos es altivo y soberbio: pues dicen que de aquí los hombres derivan su origen: y porque el humo es globoso y como hinchado se eleva en el aire, no absurdamente atendieron a que es semejante a los soberbios. Esta observación debió bastar para dar alguna semejanza de los hombres soberbios, o para formar o entender una alegoría: pero no para que por eso se crea que los animales bípedos nacen en el humo y del humo. Pues también debieron nacer en el

polvo, porque a menudo se eleva con no menor amplitud y elevación hacia el cielo; y en las nubes, porque a menudo se exhalan de la tierra de tal manera, que a los que miran desde lejos les hacen incierto si son humo o nubes. Finalmente, ¿por qué en las aguas y los vientos se llevó el argumento de la paciencia de habitar a los habitantes, porque vemos que los nadadores viven en las aguas, y los voladores en los vientos: el fuego y el humo no disuadieron al hombre mentiroso, para que le avergonzara constituir allí tales habitantes, de los cuales nada más absurdo se podría constituir? Pues el fuego quema y corrompe al cuadrúpedo, y el humo asfixia y mata a los bípedos. Aquí ciertamente se ve obligado a confesar que dice que esas naturalezas eran mejores en la gente de las tinieblas, donde quiere que todo se crea peor. Pues allí el fuego engendraba al cuadrúpedo y lo nutría, y lo contenía inofensivamente o incluso muy cómodamente. De igual manera, el humo a sus bípedos, nacidos en su seno clementísimo, no solo sin molestia, sino vital y indulgentemente los había criado y contenido hasta aquel principado. Así se muestran estas mentiras, concebidas por la observación de las cosas que se ven en el mundo, pero con un sentido carnal menos diligente y menos solícito, y paridas por fantasmas, y publicadas y escritas con temeridad, han aumentado el número de los herejes.

CAPÍTULO XXXIII.

36. Toda naturaleza, en cuanto es naturaleza, es buena. Pero deben ser más urgidos con este tipo de argumento, para que entiendan, si pueden, cuán verdaderamente se dice en la Iglesia Católica que Dios es el autor de todas las naturalezas: sobre lo cual trataba anteriormente, cuando decía, Critico contigo la peste, la ceguera, la turbiedad lodosa, la vehemencia horrible, la corruptibilidad, la inmensidad de los príncipes, y cosas semejantes: alaba tú conmigo la especie, la distinción, la ordenación, la paz, la unidad de las formas, las congruencias de los miembros y las paridades numerosas, los alientos vitales y los nutrientes, el temperamento de la salud, el gobierno y moderación del alma, y el servicio de los cuerpos, la similitud y concordia de las partes en cada una de las naturalezas, ya sea que habitaban, o que eran habitadas, y otras cosas de este tipo. Pues entienden, si quieren atender sin obstinación, que ya se mezclan bienes y males, cuando hablan de aquella tierra, donde creyeron que solo y sumo mal existía: de modo que si se quitan aquellas cosas que se enumeraron como malas, aquellos bienes que se alabaron permanecen sin ninguna vituperación; pero si se quitan esos mismos bienes, no quedará ninguna naturaleza. De lo cual ya ve quien puede ver, que toda naturaleza, en cuanto es naturaleza, es buena: porque de una misma cosa, en la que yo encontré algo que alabar, y él algo que vituperar, si se quitan las cosas que son buenas, no habrá naturaleza; si se quitan las cosas que desagradan, la naturaleza permanecerá incorrupta. Quita de las aguas que no sean lodosas y turbias, quedan las aguas puras y tranquilas: quita de las aguas la concordia de las partes, no habrá aguas. Si, pues, quitado ese mal, la naturaleza permanece más pura, pero quitado ese bien no queda ninguna naturaleza: eso hace que allí la naturaleza sea lo que tiene de bueno; lo que es malo, no es naturaleza, sino contra la naturaleza. Quita de los vientos el horror y el ímpetu excesivo que te desagrada, puedes concebir vientos suaves y moderados: quita de los vientos la similitud de las partes, por la cual su cuerpo se continúa en unidad y se pacifica para que sea cuerpo, no habrá ninguna naturaleza que puedas concebir. Es largo perseguir las demás cosas: pero es evidente para aquellos que juzgan sin ningún partidismo, cuando se mencionan estas naturalezas, se les añaden ciertas cosas por las cuales desagradan; que cuando las quitamos, las naturalezas mejores permanecen. De donde se entiende que, en cuanto son naturalezas, son buenas: porque cuando les quitas recíprocamente todo lo que tienen de bueno, no habrá ninguna naturaleza. Observad también, quienes queréis juzgar rectamente, a aquel príncipe inmenso; al cual si se le quita la inmensidad, observad cuántas cosas dignas de alabanza

permanecerán: la estructura del cuerpo, la congruencia de los miembros de un lado y otro, la unidad de la forma, y la paz de las partes entrelazadas entre sí, el orden y disposición del alma que gobierna y vivifica, y del cuerpo que sirve y es vivificado. Todo lo cual, si se quita, y si acaso he enumerado menos, ninguna naturaleza subsistirá.

CAPÍTULO XXXIV.

37. Ninguna naturaleza sin algún bien. Los maniqueos solo consideran los males. Pero tal vez digáis que esos males no pueden ser quitados de tales naturalezas, y por eso deben ser considerados naturales. No se busca ahora qué puede o no puede ser quitado: pero ciertamente no es poca luz para entender que todas las naturalezas, en cuanto son naturalezas, son buenas, el que esos bienes puedan ser concebidos sin esos males, pero sin esos bienes no puede concebirse ninguna naturaleza. Pues sin la turbación del lodo puedo concebir aguas: pero sin la paz de las partes continuadas, ninguna especie de cuerpo se presenta al ánimo, ni de ningún modo puede ser percibida; y por eso tampoco aquellas aguas lodosas pudieron existir sin ese bien, por el cual se hacía que alguna naturaleza corpórea pudiera existir. Pues lo que decís, que esos males no pueden ser quitados de tales naturalezas; se responde que tampoco esos bienes pueden ser quitados de tales naturalezas. ¿Por qué, pues, queréis llamar a estas cosas males naturales por los males que creéis que no pueden ser quitados; pero no queréis llamarlas bienes naturales por los bienes que estáis convencidos de que no pueden ser quitados?

38. Resta que preguntéis (pues esa suele ser la última voz) de dónde son esos males, que yo también decía que me desagradan. Responderé tal vez, si vosotros primero decís de dónde son esos bienes, que vosotros también os veis obligados a alabar, si no queréis ser de un corazón absurdísimo. Pero ¿por qué he de preguntar esto, cuando ambos admitimos que todos los bienes, cualesquiera y cuántos sean, son del único Dios, que es sumamente bueno? Resistid, pues, vosotros mismos a Maniqueo, que tantos y tan grandes bienes que hemos mencionado y justamente alabado, la paz y concordia de las partes en cada naturaleza, la salud y vigor de los seres animados, y las demás cosas que ya me cansa repetir, así en la tierra ficticia de las tinieblas creyó que existían, que intentó alejarlas de aquel Dios que confiesa como autor de todos los bienes. Pues no vio esos bienes, mientras solo atendía a lo que le desagradaba: como si alguien, aterrorizado por el rugido del león, y mirándolo arrastrar y desgarrar los cuerpos de los rebaños o de los hombres que hubiera atrapado, con una cierta debilidad infantil del ánimo fuera tan aterrorizado, que solo atendiendo a la ferocidad y saña del león, descuidando y pasando por alto todo lo demás de él, clamase que la naturaleza de ese animal no solo es mala, sino un gran mal, ciertamente tanto más exageradamente cuanto más temerosamente. Pero si viera al león mansamente conducido con la ferocidad domada, especialmente si nunca antes hubiera sido aterrorizado por esa bestia, entonces tendría tiempo para considerar y alabar la belleza del león con seguridad e intrepidez. De lo cual no diré nada, salvo lo que más importa al asunto, que puede suceder que alguna naturaleza ofenda por algo, y nazca odio hacia toda ella: cuando es manifiesto que la especie de la bestia verdadera y viva es mucho mejor, incluso cuando aterroriza en los bosques, que la imitada y simulada cuando pintada en la pared es alabada. Que este error no nos engañe, ni nos haga ciegos para considerar las especies de las naturalezas, cuando reprende ciertas cosas en ellas de tal manera, que obliga a que desagraden por completo, lo que no puede reprender por completo: y de este modo componiendo el ánimo para un juicio justo, busquemos ya de dónde son con esos bienes los males, que yo también decía que desagradan. Lo cual veremos más fácilmente, si podemos reunir todo en un solo nombre.

CAPÍTULO XXXV.

39. El mal no es otra cosa que corrupción: pero la corrupción no es naturaleza, sino contra la naturaleza. Dondequiera que hay corrupción, allí hubo un bien. Pues ¿quién duda que todo lo que se llama mal, no es otra cosa que corrupción? Pueden, en efecto, ser nombrados con otros y otros vocablos otros y otros males: pero lo que es el mal de todas las cosas, en las que se puede advertir algo de mal, es corrupción. Pero la corrupción del alma sabia, se llama ignorancia; la corrupción del prudente, imprudencia; la corrupción del justo, injusticia; la corrupción del fuerte, cobardía; la corrupción del tranquilo y sereno, deseo, o miedo, o tristeza, o jactancia. Luego, en el cuerpo animado, la corrupción de la salud, dolor y enfermedad; la corrupción de las fuerzas, cansancio; la corrupción de la quietud, trabajo. Luego, en el mismo cuerpo solo, la corrupción de la belleza, fealdad; la corrupción de la rectitud, torcedura; la corrupción del orden, perversión; la corrupción de la integridad, desgarramiento, o fractura, o disminución. Es largo y difícil enumerar todas las corrupciones de estas cosas que he mencionado, y de otras innumerables; pues incluso muchas que se dicen en el cuerpo, pueden decirse también en el alma, y son innumerables en las que la corrupción tiene su propio nombre. Sin embargo, ya es fácil ver que la corrupción no daña nada, sino lo que debilita el estado natural; y por eso no es naturaleza, sino contra la naturaleza. Que si no se encuentra mal en las cosas sino corrupción, y la corrupción no es naturaleza; ninguna naturaleza es, por tanto, mal.

40. Pero si acaso no podéis entender esto, considerad que todo lo que se corrompe, se disminuye en algún bien: porque si no se corrompiera, sería incorrupto; y si no pudiera corromperse en absoluto, sería incorruptible. Es necesario, sin embargo, que tanto la incorruptibilidad como la corruptibilidad sean un bien, si la corrupción es un mal. Pero ahora no hay cuestión sobre la naturaleza incorruptible: se trata de aquellas que pueden corromperse, que mientras no se corrompen, pueden llamarse incorruptas, pero no incorruptibles. Solo aquello que no solo no se corrompe, sino que tampoco puede corromperse en ninguna parte, se dice propiamente incorruptible. Por lo tanto, cualquier cosa que sea incorrupta y, sin embargo, pueda corromperse, cuando comienza a corromperse, se disminuye en el mismo bien por el cual era incorrupta; y en un gran bien, porque la corrupción es un gran mal: y mientras la corrupción pueda aumentar en ellas, tienen un bien por el cual se disminuyen. Por lo tanto, aquellas naturalezas que se fingen haber estado en la tierra de las tinieblas, o podían corromperse, o no podían. Si no podían, eran incorruptibles, un bien superior al cual no hay nada. Si podían, o se corrompían, o no se corrompían: si no se corrompían, eran incorruptas, lo cual vemos que no puede decirse sin gran alabanza: pero si se corrompían, se disminuían en ese gran bien; si se disminuían en bien, tenían un bien por el cual se disminuían; y si tenían un bien, no eran aquellas naturalezas el sumo mal, y toda la fábula de los maniqueos es falsa.

CAPÍTULO XXXVI.

41. De dónde viene el mal, o la corrupción del bien. Pero dado que hemos preguntado qué es el mal, y hemos reconocido que no es una naturaleza, sino contra la naturaleza; consecuentemente, debemos preguntar de dónde proviene: lo cual, si él lo hubiera hecho, tal vez habría caído menos en estas angustias de tan gran error. Pues buscó apresuradamente y de manera desordenada de dónde provenía, lo que primero no había preguntado qué era: y por eso no pudieron ocurrirle sino vanas fantasías, de las cuales es difícil despojarse un alma muy alimentada por los sentidos carnales. Por lo tanto, alguien dirá, no deseando ya disputar, sino no errar: ¿De dónde proviene esta corrupción, que hemos descubierto que es como el mal general de las cosas buenas, pero corruptibles? Quien pregunta de esta manera, pronto

encuentra la verdad con gran ardor, y con constante perseverancia toca piadosamente. Pues a través de los hombres puede hacerse alguna mención con signos de palabras: pero enseña el único verdadero Maestro, la misma Verdad incorruptible, el único Maestro interior: quien también se hizo exterior, para que nos llamara de lo exterior a lo interior; y tomando la forma de siervo, para que su sublimidad se hiciera conocida a los que se levantan, se dignó aparecer humilde a los que yacen. En su nombre seamos suplicantes, y a través de él implorando la misericordia del Padre, busquemos estas cosas. Pues primero se puede responder brevemente a quienes preguntan de dónde proviene la corrupción, diciendo: De que estas naturalezas que pueden corromperse, no fueron engendradas por Dios, sino hechas por él de la nada: las cuales, puesto que la razón superior ha demostrado que son buenas, nadie puede decir correctamente: Dios no habría hecho cosas buenas. Pero si dijera: Habría hecho cosas sumamente buenas, debe entender que el sumo bien es él mismo, quien hizo estas cosas buenas.

CAPÍTULO XXXVII.

42. Solo Dios es sumamente bueno. ¿Qué mal, preguntas, habría si estas cosas también fueran sumamente buenas? Y sin embargo, si alguien de nosotros preguntara, aceptando y creyendo en Dios Padre como el sumo bien, si hubiera otro sumo bien, de dónde nos parecería piadosamente que proviene, de ninguna manera responderíamos correctamente, sino del Dios Padre que es sumamente bueno. Por lo tanto, recordemos que lo que es de él, ha nacido de él, no hecho por él de la nada, y por eso también es sumamente, es decir, incorruptiblemente bueno: y vemos que es injusto exigir que sean tan sumamente buenas las cosas que hizo de la nada, como sumamente bueno es aquel a quien engendró de sí mismo: a quien, si no hubiera engendrado uno solo, no habría engendrado lo que él mismo es, porque él es uno. Por lo tanto, al único Hijo, por quien todas las cosas buenas fueron hechas por el Padre de la nada, se buscan imprudente e impiamente hermanos, a menos que sea de lo que se dignó aparecer en el hombre. Pues por eso también en las Escrituras se le llama unigénito y primogénito: unigénito del Padre, primogénito de entre los muertos. Y vimos, dice, su gloria como la del unigénito del Padre, lleno de gracia y verdad (Juan 1, 14, 18): y Pablo dice: Para que él sea el primogénito entre muchos hermanos (Rom. 8, 29).

43. Pero si dijéramos: Ya no serían buenas estas cosas que fueron hechas de la nada, sino que solo sería la naturaleza de Dios; envidiaríamos tantos bienes; y es una voz impía considerar una injuria no ser lo que Dios es, y por eso no querer que haya algún bien, porque Dios se le antepone. Te ruego, acepta, naturaleza del alma racional, ser algo menos que Dios, y tanto menos, que después de él no haya algo mejor que tú. Acepta, digo, y sé dócil a él; no sea que aún te rechace a lo más bajo, donde a través de angustias penales incluso el bien que eres se te haga despreciable. Eres soberbia contra Dios, si te indignas de que te preceda; y piensas demasiado despectivamente de él, si no te alegras inefablemente de ser un bien tan grande, que solo él sea superior. Establecido y afirmado esto, no digas: Dios debió hacer solo mi naturaleza; no querría que después de mí hubiera algo bueno. Pues lo que es bueno después de Dios, ya no debería ser lo último. Y de aquí se muestra principalmente cuánta dignidad te ha otorgado, que Dios, quien solo naturalmente te domina, hizo otros bienes sobre los cuales también tú dominarías. Y no te sorprendas de que ahora no te sirvan de todas las maneras, y a veces incluso te atormenten: porque tu Señor tiene mayor poder sobre aquellas cosas que te sirven, que tú sobre ellas, como sobre los siervos de sus siervos. ¿Qué, pues, es de extrañar si, pecando tú, es decir, no obedeciendo a tu Señor, se han convertido en penales aquellas cosas sobre las que dominabas? Pues, ¿qué es tan justo, y qué más justo que Dios? Esto es lo que la naturaleza humana mereció en Adán, de lo cual ahora no es el lugar para discutir: pero sin embargo, el justo dominador se aprueba con justas recompensas y justos castigos, con la

bienaventuranza de los que viven rectamente y el castigo de los pecadores. Y sin embargo, no has sido dejada sin misericordia, que eres llamada a regresar por ciertas medidas de cosas y tiempos. Así, por la recta moderación del altísimo Creador, se ha llegado hasta los bienes terrenales, que se corrompen y se reforman, para que tengas consuelo mezclado con castigo; para que alabes a Dios deleitada por el orden de los bienes, y huyas hacia él ejercitada por las experiencias de los males. Así, en cuanto los terrenales te sirven, te enseñan que eres su señora; pero en cuanto te son molestos, te enseñan a servir a tu Señor.

CAPÍTULO XXXVIII.

44. La naturaleza de Dios, la corrupción de la nada. Por lo tanto, aunque la corrupción sea un mal, y aunque no sea del Creador de las naturalezas, sino que provenga de que fueron hechas de la nada: sin embargo, incluso ella, bajo su gobierno y dirección de todo lo que ha hecho, está tan ordenada que no daña, excepto a las naturalezas más bajas para el castigo de los condenados, y para la ejercitación y advertencia de los que regresan, para que se adhieran a Dios incorruptible, y permanezcan incorruptos, que es nuestro único bien; como se dice por el profeta: Pero para mí, adherirme a Dios es bueno (Salmo 72, 28). Y no digas: Dios no habría hecho naturalezas corruptibles. En cuanto son naturalezas, Dios las hizo: en cuanto son corruptibles, no las hizo Dios; pues la corrupción no es de él, quien solo es incorruptible. Si entiendes esto, da gracias a Dios: si no lo entiendes, descansa, y no te atrevas a condenar temerariamente lo que aún no entiendes; y suplicante a él que es la luz de la mente, atiende para que entiendas. Pues cuando se dice, naturaleza corruptible; no se dicen un solo nombre, sino dos. También cuando se dice, Dios hizo de la nada; no escuchamos un solo nombre, sino dos. Devuelve, por lo tanto, a cada uno de estos lo que le corresponde, para que cuando escuches naturaleza, pertenezca a Dios; cuando escuches corruptible, pertenezca a la nada: de tal manera que incluso las corrupciones mismas, aunque no sean de la obra de Dios, estén sin embargo en su poder para ser dispuestas, según el orden de las cosas y los méritos de las almas. Por eso decimos correctamente que de él es la recompensa y el castigo. Pues no hizo la corrupción, de modo que pueda dar la corrupción a quien mereció ser corrompido, es decir, quien comenzó a corromperse a sí mismo pecando, para que sienta la corrupción que lo atormenta involuntariamente, quien cometió la corrupción que lo halagaba voluntariamente.

CAPÍTULO XXXIX.

45. Cómo los males son de Dios. Pues no solo está escrito en el Antiguo Testamento: Yo hago el bien, y creo el mal (Isaías 45, 7): sino más claramente en el Nuevo, donde el Señor dice: No temáis a los que matan el cuerpo, y después de esto no tienen más que hacer; sino temed a aquel que, después de haber matado el cuerpo, tiene poder para enviar el alma al infierno (Mateo 10, 28, y Lucas 12, 4). Que a la corrupción voluntaria se añada la corrupción penal por juicio divino, lo atestigua muy claramente el apóstol Pablo, cuando dice: Porque el templo de Dios, que sois vosotros, es santo: si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá (1 Cor. 3, 17). Si esto se hubiera dicho en la antigua Ley, con qué invectivas estos atacarían acusando a Dios como corruptor. Temiendo esta palabra, muchos intérpretes latinos no quisieron decir, destruirá; sino que dijeron, lo perderá Dios: y no desviándose de la cosa misma, evitaron la ofensa del vocablo. Aunque estos no menos se lanzarían contra Dios como destructor, si esto encontraran en la antigua Ley o en los Profetas. Pero son convencidos por los ejemplares griegos, en los cuales está escrito muy claramente: Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá. Y si alguien les pregunta cómo se ha dicho: para que Dios no sea considerado corruptor, explican inmediatamente que se ha dicho, destruirá, como entregará a la corrupción; o de cualquier otra manera que puedan. Con este ánimo, si

estuvieran en la antigua Ley, entenderían muchas cosas admirables allí, y no lacerarían con odio lo que aún no entienden, sino que lo diferirían con honor.

CAPÍTULO XL.

46. La corrupción tiende a no ser. Pero si alguien no cree que la corrupción proviene de la nada, propóngase estos dos, ser y no ser, como si fueran de partes diferentes; para entender, para que caminemos más lentamente con los lentos: luego coloque algo en el medio, por ejemplo, el cuerpo de un ser animado, y pregúntese a sí mismo, mientras se forma ese cuerpo y nace, mientras su especie crece, se nutre, se fortalece, se robustece, se embellece, se afirma, en cuanto permanece, y en cuanto se estabiliza, hacia qué parte tiende, si hacia ser, o no ser: no dudará que hay algo incluso en los mismos comienzos; pero cuanto más se establece en forma y especie y fortaleza, tanto más se hace para ser, y tiende hacia la parte donde se ha colocado el ser. Ahora, por lo tanto, comience a corromperse; debilítese todo ese estado, languidezcan las fuerzas, marchítese el vigor, desfigure la forma, se descomponga la estructura de los miembros, se desintegre y fluya la concordia de las partes: pregúntese también ahora a través de esa corrupción hacia dónde tiende, si hacia ser, o no ser: no creo que sea tan ciego y lento, que dude de lo que él mismo se responderá, y no sienta que cuanto más se corrompe algo, tanto más tiende hacia la destrucción. Pero todo lo que tiende hacia la destrucción, tiende hacia no ser. Por lo tanto, cuando se debe creer que Dios es inmutable e incorruptible, y que lo que se llama nada, es manifiestamente no ser en absoluto: y cuando te propongas estos ser y no ser, y reconozcas que cuanto más se aumenta la especie, tanto más tiende algo a ser; cuanto más se aumenta la corrupción, tanto más tiende a no ser: ¿qué dudas en decir en cada naturaleza corruptible qué hay en ella de Dios, qué hay de la nada; cuando la especie según la naturaleza es, la corrupción es contra la naturaleza? Porque la especie aumentada obliga a ser, y confesamos que Dios es sumamente ser: la corrupción aumentada obliga a no ser, y consta que lo que no es, es nada. ¿Qué, digo, dudas en decir, en la naturaleza corruptible, que tanto llamas naturaleza, como corruptible, qué es de Dios, qué es de la nada? ¿Y qué buscas contrario a Dios, a quien si confieras sumamente ser, ves que no ser no es contrario a él?

CAPÍTULO XLI.

47. La corrupción por permiso de Dios es de nosotros. ¿Por qué, entonces, preguntas, lo que Dios dio a la naturaleza, lo quita la corrupción? No lo quita, sino donde Dios lo permite: pero lo permite donde lo juzga más ordenado y justo, según los grados de las cosas y los méritos de las almas. Pues también la especie de la voz emitida pasa, y se extingue en el silencio; y sin embargo, nuestro discurso se lleva a cabo por la desaparición y sucesión de las palabras que pasan, y se distingue con intervalos de silencio moderados y agradables: así también se comporta la belleza más baja de las naturalezas temporales, que se lleva a cabo por el tránsito de las cosas, y se distingue por la muerte de los nacientes. Si nuestro sentido y memoria pudieran captar el orden y los modos de esta belleza, nos agradaría tanto, que no nos atreveríamos a llamar corrupciones a los defectos por los cuales se distingue. Pero en la parte de esa belleza sufrimos, cuando nos abandonan las cosas temporales que amamos, y pagamos las penas de los pecados, y se nos recuerda amar las cosas eternas.

CAPÍTULO XLII.

48. Exhorta al sumo bien. No busquemos, por lo tanto, en esta belleza lo que no ha recibido; que por eso es la más baja, porque no ha recibido lo que buscamos: y en lo que ha recibido, alabemos a Dios, porque ha dado tanto bien de especie incluso a esta, aunque sea la más baja.

Sin embargo, no para que nos apeguemos a ella como amantes: sino para que, como alabadores de Dios, la trascendamos, para que colocados sobre ella juzguemos sobre ella, no conectados a ella seamos juzgados en ella. Y apresurémonos hacia aquel bien, que no se mueve por lugares, ni se gira por el tiempo, y de donde todas las naturalezas locales y temporales reciben especie y forma. Para verlo, purifiquemos el corazón por la fe de nuestro Señor Jesucristo, quien dijo: Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mateo 5, 8). Pues no deben prepararse aquellos ojos para ver aquel bien, con los cuales se ve esta luz difundida por los lugares, y no en todas partes íntegra, sino teniendo una parte aquí, y otra parte allá. Más bien, purifiquemos aquella vista y agudeza con la que se ve, en cuanto es posible en esta vida, qué es justo, qué es piadoso, cuál es la belleza de la sabiduría: que quien la ve, prefiere mucho a toda la plenitud de los espacios locales; y siente, para ver esto, que no se difunde la agudeza de su mente por los espacios de los lugares, sino que se establece con potencia incorpórea.

CAPÍTULO XLIII.

49. Conclusión. A cuya vista, puesto que son muy enemigas las fantasías, que nuestra imaginación trata y contiene tomadas del sentido carnal, detestemos esta herejía, que siguiendo la fe de sus fantasías, dispersó y difundió la sustancia divina por los espacios de los lugares, aunque infinitos, como una masa informe, y la truncó de una parte, para encontrar lugar para el mal; lo cual no pudo ver que no es naturaleza, sino contra la naturaleza: y decoró ese mal con tanta especie y formas y paz de partes vigentes en cada naturaleza, porque sin estos bienes no podía concebir ninguna naturaleza, que esos males que allí reprende, se sepultan en la abundancia de innumerables bienes. Pero este sea el término de este volumen: en los demás, los otros delirios de él serán refutados, permitiéndolo y ayudándolo Dios.